

LA CONSTITUCIÓN DEL SUJETO Y DE LA ALTERIDAD.
UNA CONVERSACIÓN CON GILBERT SIMONDON

Trabajo para optar al título de
Licenciada en Filosofía
Modalidad: Monografía

Presentado por

Erika Julieth Farfán Velandia
Cod.: 2016232011

Director

Prof. Dr. Alessandro Ballabio

Universidad Pedagógica Nacional
Facultad de Humanidades
Departamento de Ciencia Sociales
Licenciatura en Filosofía
Bogotá D.C
2021

Resumen

La noción de individuación ha sido tratada principalmente por Gilbert Simondon, y esta tiene como uno de sus fundamentos al individuo. No obstante, aquel se puede entender de múltiples formas según el autor, pero en este caso, no es solamente un concepto que designa un sinónimo de sujeto, sino que existe una distinción entre ambos. Mejor dicho, el sujeto no se reduce al individuo, es uno de sus modos de ser pero no es el único.

En consecuencia, preguntarnos por la constitución del sujeto es un recorrido que no se agota solamente con la comparación o igualación con el individuo, sino que requiere de una investigación más a fondo y que contemple los demás aspectos que influyan en dicha operación. De allí, que el primer camino que encontramos está enmarcado en la percepción con sus respectivos niveles (primitiva, de clases y objetos), y también a la sensación, a la afección, a la emoción. Pues, el individuo no solamente percibe, siente, posee emociones o afecciones para sí mismo, como si estuviese solitario, sino que a partir de estas hace algo, ejerce actividad, y no solo para sí, sino que incide también a los demás, al mundo, a la vez que a sí mismo.

Igualmente, no se trata tampoco de que el individuo no tenga un modo para desdoblarse sobre él mismo o su interioridad, todo lo contrario. Y lo encontramos como: individuación psíquica, en la que no solo tiene una incidencia a nivel de praxis, también a nivel psicológico, interior del individuo sin olvidar que hay un exterior, hacia otros individuos (porque el individuo es social), y un medio que lo rodea o en el que está inmerso.

Esta interacción con otros y con el medio, se da también gracias a que el sujeto posee una carga de energía potencial, *preindividual*, que lo sobrepasa, y a través de la cual se posibilitan las relaciones con otros seres que a la vez devienen individuos con la finalidad de buscar estabilidad o compatibilidad con esa carga que los supera mediante la relación con los otros, a través de lo *transindividual* que los conduce a un ámbito mayor de *metaestabilidad*, la individuación colectiva.

Palabras clave: sujeto - transindividual - preindividual - individuación colectiva

Abstract

The notion of individuation has been treated mainly by Gilbert Simondon, and this has as one of its foundations the *individuo*. However, it can be understood in multiple ways according to the author, but in this case, it is not only a concept that designates a synonym of subject, but there is a distinction between the two. Rather, that the subject is not reduced to the *individuo*, it is one of ways of being but not the only one.

Consequently, asking ourselves about the constitution of the subject is a way that is not exhausted only with the comparison or equalization with the *individuo*, but requires a more in-depth investigation and that considers the other aspects that influence this operation. Then, the first path we find is framed in perception, with its respective levels (primitive, of classes and objects), and to sensation, to affection, to emotion. Therefore, the *individuo* not only perceives, feels, possesses emotions or affections for himself, as if he were lonely, but from these he does something, exercises activity, and not only for himself but also affects others, the world, as well as himself.

Likewise, it is not a question of the *individuo* not having a way to unfold himself or herself interiority, it's the contrary. And we find it as: psychic individuation, in which it not only has an incidence at the level of praxis, and at the psychological level, inside the *individuo* without forgetting that there is an outside, other *individuos* (because the individual is social), and a medium, that surrounds it or in which it is immersed.

This interaction with others and with the environment, is also given thanks to the fact that the subject has a charge of potential energy, pre-individual, that surpasses it, and through which relationships with other beings are made possible that at the same time become *individuos* with the purpose of seeking stability or compatibility with that burden that overcomes them through the relationship with others, through the transindividual that leads them to a greater scope of metastability, collective individuation.

Key words: subject - transindividual - pre-individual - collective individuation.

Agradecimientos

En primer lugar, debo agradecer a la vida por permitirme llegar a este momento de mi carrera, suena a cliché, pero no lo es. Ahora en medio de una pandemia y de la situación social que atraviesa Colombia, los logros son mayores, más significativos y con una gran trascendencia para cada individuo y su familia, por supuesto. En segundo lugar, doy mi más sincero agradecimiento al profesor Alessandro Ballabio por acompañarme en esta aventura como director de esta tesis porque el camino no fue fácil y tuvimos varios percances, pero a pesar de ello logramos continuar este proyecto con dedicación, constancia y perseverancia, gracias de nuevo.

También debo agradecer y dedicar esta tesis a varias personas que me han apoyado. En primer lugar, a mi tío Emiro Pineda, por sus enseñanzas, su ejemplo como maestro, por enseñarme que la filosofía de verdad es un estilo de vida y por demostrarme que de las cosas más bonitas que tiene el ser humano, una es la existencia, y la segunda el legado que deja en sus estudiantes, discípulos, familiares. La vida no te alcanzó para leer estas palabras pero, espero que desde el lugar en el que estés, fuera de este plano terrenal, te sientas orgulloso de haberle dejado otra profe de filosofía a la familia y de que, finalmente, terminé hablando de existencia, del existir, como tu tema preferido en nuestras charlas. En segundo lugar, agradezco a los demás miembros de mi familia, especialmente a mi mamá por alentarme en cada momento difícil con esas palabras que toda madre sabe decir en el momento y lugar correcto. Agradezco igualmente, a mis amigos y amigas, y a mi pareja, por el ánimo, el cariño, amor, motivación, la paciencia y comprensión que tuvieron conmigo durante estos meses.

Finalmente, y no menos importante, agradezco también a un profesor por las palabras que alguna vez me dijo: “Puede que ahora no hayas encontrado a un autor que te apasione porque no se trata de buscarlo, sino que en el momento menos pensado aquel llegará a ti y sabrás que es el indicado”. Y sí, efectivamente así fue, y ahora Gilbert Simondon tiene un lugar importante y central en mi vida cuando no lo estaba buscando, y él, sin saberlo jamás me encontró a mí primero.

Índice

Agradecimientos	3
Introducción	5
Capítulo 1.....	8
1. La individuación física y biológica.....	8
2. La individuación psíquica	11
3. La afectividad.....	12
4. La percepción y sus niveles	14
4.1 Niveles de percepción	18
5. Afección, emoción y sensación	19
5.1. Afección	19
5.2. Emoción	20
5.3. Sensación.....	23
Capítulo 2.....	28
2.1. El individuo psíquico	28
2.2. Corporalidad y actividad	32
2.3. Cuerpo	33
2.4. Cuerpo y alma	37
2.5. Individuo y experiencia	41
2.6. Individuo psicológico	43
Capítulo 3.....	46
3.1. Lo preindividual y lo transindividual	46
3.2. La significación colectiva.....	50
3.2.1. Memoria e información	52
3.2.2. Comunicación e invención	54
3.3. Sujeto, individuo y desfases del ser	56
Conclusiones	63
Bibliografía	66

Introducción

A comienzos del siglo XX, los filósofos habían cambiado su objeto de estudio al enfocarse de nuevo alrededor del sujeto, pero este ya no con relación a Dios o a una deidad superior como en el medioevo. Ahora bien, su mirada frente a este iba dirigida hacia el interior del sujeto, hacia su papel como agente de sus actuaciones y decisiones, como sujeto con conciencia y responsabilidad, además de estar inmerso en una cultura, una sociedad, que lo influyen y lo afectan. De allí que la preocupación de algunos autores estuviese enmarcada en posturas como la psicoanalítica, los postulados kantianos, las teorías de Husserl, la percepción, sensación y el lenguaje desde Merleau Ponty, y también teorías como la individuación de Gilbert Simondon.

Esta última postura, es la que hemos considerado fundamental para este trabajo, ya que los argumentos de Simondon son tan amplios e interesantes y para una investigación acerca del sujeto nos brinda bases sólidas y distintas miradas sobre este, y no solo como un sujeto aislado o solitario como en otras posturas, sino en un sujeto al que podemos llamar “*encarnado*” que no deja de lado ni al mundo que lo rodea o en el que se encuentra ni a los otros sujetos. Porque este individuo que se da mediante la individuación simondoniana no es un individuo de laboratorio, sino que es social, desde el momento en el que se ubica en el mundo ya está rodeado de otro —bien sea el mismo mundo u otro sujeto—.

En Simondon encontramos nociones como la percepción (2012), individuación (2015), invención (2013) e información (2016), para quién estos aspectos no tienen una oposición, sino que se complementan o son recíprocos. Todo ello mediado por la relación del sujeto con el ambiente (y los otros), y que están estrechamente ligados, además, a cómo se concibe a sí mismo, a los objetos —e incluso— a los demás. Igualmente, han tenido una gran importancia en sus planteamientos ya que existe un hilo conductor que entrelaza a estas nociones a lo largo de sus escritos, aunque no sea de forma tan explícita, pero se evidencian en las discusiones realizadas en cada apartado o problemática de sus textos.

Asimismo, de esta manera ambos se comunican, interactúan y se *performan*, porque todos, a saber, el mundo y los sujetos tienen dentro de sí una facultad activa, y una carga de información a través de la cual pueden comunicarse, ubicarse, informarse, como en el caso del individuo y el medio, ya que no solo este modifica al medio, sino que aquel también es transformado, por ejemplo, en la adaptación a una ubicación geográfica o a un clima.

Igualmente, el filósofo francés en su texto *Individuación a la luz de las nociones de forma e información* (2015) manifiesta que uno de sus propósitos es no solo analizar al individuo sino

poner en el lugar de objeto de estudio a la individuación misma. Y ello trae consigo como lo explica el comentador argentino Juan Manuel Heredia (2012):

[...] desde el momento en que se piensa el ser como unidad e identidad —es decir, como algo ya individuado—, es imposible establecer un esquema ontogenético, procesual y relacional, que dé cuenta de su génesis, de su devenir y de sus transformaciones. (Heredia, 2012, p. 56)

Por ende, el cambio de objeto de estudio, también nos brinda la posibilidad de emprender una investigación dirigida al origen del individuo, más que a características metafísicas o trascendentales del ser como lo habían planteado otros autores. Además, que si se parte del hecho de que el ser no es una unidad terminada, completada, cerrada (como en la concepción de mónada), se estarían dejando de lado los potenciales que tiene el ser tanto para formarse como para comunicarse, desarrollarse, etc.

Asimismo, la individuación no es un único proceso, es decir, que ocurre una única vez en el sujeto, sino que esta tiene distintos niveles —no es que uno sea superior a otro— y pueden acontecer en el sujeto a lo largo de su existencia de múltiples formas y en diferentes momentos. A saber, la individuación se da a nivel físico, químico, psíquico y colectivo. Las dos últimas tienen relación entre sí, y además tienen incidencia —respectivamente— en el sujeto de forma interna como externa; en el caso de la individuación colectiva, esta tiene incidencia en ambos sentidos.

Por otro lado, otro aspecto importante de las nociones simondonianas, es lo *transindividual* y lo *preindividual*. Estos nos dan luces y una nueva mirada hacia el sujeto, pues, aquel no se conforma o constituye solo, es decir, necesita tanto de un medio como de un otro que entre en relación con él. De allí, que la teoría del francés destaque la importancia del papel del otro (bien sea mundo, u otros sujetos) en la interioridad del sujeto y en la forma en la que —incluso— orienta su percepción, sus emociones, sus afecciones, y más importante, su actuar a lo largo de su existencia; que no se reduce solo al estado de vivo, sino también al estar *presente*, tener una *presencia*, a saber, ubicarse en una temporalidad y espacio, en una cultura, en un momento histórico, con un lenguaje y una forma de comunicación, etc.

Del mismo modo, esta discusión también se sienta en el ámbito del devenir, pues, el sujeto no solamente está en el mundo con potenciales, sino que aquellos lo superan, más concretamente superan al individuo, y aquellos se refieren a la carga *preindividual* del sujeto. Más precisamente estos potenciales posibilitan la relación con otros individuos y a la vez con

el medio. De igual manera, el devenir está siempre presente en el ser, porque aquel al tener esa carga que lo sobrepasa buscará la forma de lograr equilibrar esas cargas, es decir, de buscar la *metaestabilidad*, porque una estabilidad estática iría en contra tanto del carácter activo como de la vida que tenga el sujeto y la única forma de equilibrio será siempre mutable, transformable y no permanente.

Por otra parte, también es importante, en las teorías de Simondon, la comunicación y la invención. Además, la relación entre ambas está mediada por la información que permite el vaivén de una a la otra, posibilitando la creación de objetos, como los técnicos, los signos, las leyes, —e incluso— modelos que pueden tomar una sociedad u otra. Pues, aquellas acontecen en una temporalidad, historicidad (de cada sociedad), en donde el sujeto u organismo se desarrolla. Asimismo, desde esa interacción los sujetos son capaces de identificar tanto a los otros como a sí mismo, es decir, individuación colectiva; no como un individuo solitario sino como social, en una ubicación geográfica, con costumbres, motivaciones, emociones, etc. Pues todos estos aspectos influyen en el sujeto en lo que percibe, aquello que lo motiva, en la manera en la que actúa y la selección e integración de información que recibe, como decidir a cuáles aspectos prestar atención, por ejemplo, entre la figura y el fondo de una pintura.

Finalmente, a partir de estos postulados, ya no hablamos desde un sujeto trascendental o solo desde el cuerpo, aunque nos permite la interacción con el medio y los otros, porque estamos *encarnados* somos carne, como lo plantea Germán Vargas Guillén en *individuación y anarquía* (2014), sino que, además, no es el sujeto quién determina al mundo (puede modificarlo, performarlo, en algunos sentidos, como las construcciones o cambios de estado de algunos elementos) porque el individuo también estará permeado por este, pues a la vez que performa el mundo, se performa a sí mismo.

Primer Capítulo

Percepción y afección

Encontramos en Gilbert Simondon nociones como percepción, individuación, afección, invención e información, para quién, además, estos conceptos no tienen una oposición, sino que se complementan o son recíprocos, todo ello mediado por la relación del sujeto con el ambiente¹. En palabras de Heredia (2017):

[...] el medio no debe ser pensado como espacio objetivo y absoluto. No es el continente común de fuerzas físico-químicas dentro del cual se emplazan los individuos, ni un mero entorno geográfico, sino que es ya mundo circundante, campo de comportamiento o “medio asociado”. (p. 357)

Sin embargo, no es banal afirmar que existe una correlación entre estos conceptos, sino que están estrechamente ligados al sujeto y a cómo se concibe a sí mismo, a los objetos, e incluso, a otros seres. Además, estos conceptos han tenido una gran importancia a lo largo de sus escritos, o desde la interpretación de sus obras, ya que puede entenderse que en sus textos hay un hilo conductor que entrelaza a estas nociones, aunque no sea de forma explícita, pero que se evidencian en medio de las discusiones que lleva a cabo en cada tema o problemática de sus tratados. No obstante, antes de hablar de percepción y afección, debemos hacer un primer énfasis en la individuación, pues, si dejamos claros algunos términos y conceptos de nuestro autor, el camino que emprende esta investigación estará mejor enfocado y con un panorama más definido.

1. La individuación física y biológica

Partimos de nociones como la individuación física, para tener unas bases conceptuales que nos guiarán hacia la individuación psíquica, pues, el individuo no es solamente una sustancia física, sino que dentro de sí lleva también la individuación vital: esta sería la que suspende el curso de la fisicoquímica, como si lo vital fuese lo físico en suspenso. Pero el individuo sigue

¹ Para mayor claridad conceptual, no hay una distinción radical en Simondon al hablar de mundo, medio o ambiente, pues, en la traducción del francés, pueden ser equiparables, y no afectan la interpretación de su teoría y de la argumentación que hasta ahora llevamos.

siendo partícipe de ambas, y es esta fase de individuación posterior a la física la que le dota de un carácter activo/vital y posibilita la individuación psíquica.

Por ende, es preciso comenzar por un breve análisis entre materia y forma, todo ello para poder analizar el carácter de “sustancia” o debatir la idea de que los seres no son una sustancia absoluta como otros autores han manifestado a lo largo del tiempo. En efecto, si se cambia la orientación de la pregunta también se modifica la respuesta, orientando la mirada hacia el sujeto con relación a otros aspectos que lo conforman y que no es una sustancia ya formada o con sus aspectos definidos. Dado a que, ni siquiera lo es una sustancia física como un compuesto o un cristal, ya que, dentro de sí y según cambios externos, esta puede cambiar o variar—incluso— de formas pequeñas en comparación a otros seres de su mismo tipo. Lo que de alguna forma nos muestra que no solamente es la materia o la forma que tiene el sujeto aquello que lo define, sino que hay aspectos externos e internos que hacen que se diferencie y no solamente en sí y para sí, contrario a lo que nos conducía el relativismo del ser como sustancia.

Tomando la interpretación de Juan Manuel Heredia (2012):

1) no hay que pensar al individuo aisladamente (sea un cristal, un animal o un pueblo), sino a partir de las relaciones que lo entretienen y en las cuales se juega el devenir de su individualidad; 2) no hay que pensar al individuo en términos estáticos y sustanciales, sino a partir del proceso en que va conformando su individualidad. (p. 54)

Sin embargo, no solo en su individualidad sino también en el devenir de su existencia y de las relaciones que puede tener con el mundo y con los otros. Además, que cambiar la perspectiva hace emerger «el conocimiento verdadero [que] es una relación [...] [y] que corresponde a la estabilidad más grande posible de la relación sujeto-objeto en las condiciones dadas [...]» (ILFI, p. 89). Todo ello nos lleva a que al sujeto no podemos conocerlo solamente por una intuición de la realidad física. Igualmente, que de la relación de la que hacemos referencia, no es una sola, es decir, está por un lado la relación del sujeto con el objeto, por otro, el objeto con el sujeto, pero también existe la relación misma que une a ambos. Pues, sería una relación no solamente entre dos términos sino entre tres, una tríada entre sujeto, relación y objeto. A saber, es pertinente no solamente tener en cuenta cada extremo de la relación, sino que esta misma al ser el camino que une a ambos es a la vez un término, tiene gran importancia, y también información —e incluso— energía potencial que

va transformándose en la interacción que tiene con los extremos. Asimismo, estos elementos no son sustanciales sino relacionales.

Es de esta manera porque no se reducen a la sustancia, es decir, o a la forma o a la materia o al aspecto físico que compone al individuo, sino a las propiedades que interactúan con este y que van modificándose o transformándose desde la energía potencial que aquel tiene dentro de sí al relacionarse con los objetos o con otros, o consigo mismo; además de la energía, también es importante la información, el aspecto estructural; sin dejar de lado al devenir: «[...] no se opone al ser, [y] es relación constitutiva del ser en tanto individuo» (ILFI, p. 100).

Asimismo, «el proceso de individuación, entendido como pasaje desde lo «preindividual» al individuo, no se caracteriza como un proceso de encarnación empírica de una esencia ya dada y preconstituida en otro lugar y que se concretaría aquí y ahora» (Ballabio, 2019, p. 142).

De esta manera, gracias a que no existe una sola individuación o en un solo nivel, sino que hay multiplicidad de ellas, un individuo que fue embrión y ahora es adulto, es el mismo ser, pero en dos individuaciones a niveles distintos y que acaecen en momentos no simultáneos. Aunque manteniendo la capacidad de comunicación entre ambas, y este nivel no es determinado, ninguno en sí, pues dependen tanto de las circunstancias de la especie a la que este pertenezca como a la unidad vital que lo conforma, ya sea un ser individual (uno) o una multiplicidad en el caso de algunos seres múltiples. Con ello nos referimos a algunos seres del reino animal que trabajan en grupo y pueden actuar casi como un único organismo, como las colonias.

En consecuencia, respecto a la individuación, podemos decir que el principio de individuación es una operación, porque

[...] lo que hace que un ser sea él mismo, diferente de todos los demás, no es ni su materia ni su forma, sino la operación a través de la cual su materia ha adquirido forma en un cierto sistema de resonancia interna. (ILFI, p. 40)

Y esta resonancia interna le permite estar en una relación de interacción y de comunicación consigo y con su medio. Igualmente, es una operación porque conlleva un intercambio energético entre ambos, materia y forma, con tendencia a un equilibrio. Sin embargo, este “equilibrio” no es algo estático porque iría en contra del carácter dinámico que

el ser posee, sino que es —podríamos decir— una *tendencia* hacia una estabilidad pero que es *metaestable*.

2. La individuación psíquica

No obstante, antes de dirigirnos a la individuación psíquica debemos analizar la transición que hay de la individuación física a la biológica o el tránsito que hay entre ellas. Pues, si asumimos que hay un tránsito o interacción entre estas, pero no sabemos en qué consiste o cómo se da, no podríamos entender totalmente cómo se entrelaza con la individuación psíquica y cómo contribuye o afecta a la constitución u identificación del individuo. Por ende, es pertinente hablar de *transducción*, pues, podríamos hallar allí el paso que nos ha faltado dilucidar antes de dirigirnos a la individuación psíquica. Podemos entenderla mediante «el nivel total de información [que] se mediría entonces por el número de capas de integración y la diferenciación en lo viviente, [a lo] que podemos llamar transducción» (ILFI, p. 192). Y es precisamente este equilibrio entre integración y diferenciación lo que caracteriza a la vida pero no es toda la estabilidad vital.

Cabe aclarar que cuando hablamos de “vital” nos referimos al carácter de vida o de ontogénesis que poseen los individuos, es decir, tanto a su aspecto físico como al aspecto biológico, y a las relaciones que este tiene con su medio en la multiplicidad de formas siempre en un ámbito de devenir con miras hacia su estabilidad *metaestable*. En este sentido, encontramos un acuerdo con la postura de Heredia (2012) al respecto de que

[...] la transducción es la operación a partir de la cual surgen en el devenir de un ser nuevas estructuras y dimensiones, indica el cambio de fase de un sistema metaestable y permite pensar a este como una dinámica jalonada por un doble movimiento de amplificación y condensación (operación/estructuración) (Simondon, 38). (p. 60)

Sin embargo, la transducción no se reduce solamente al mundo físico, sino que el individuo posee estados internos que no están mediados de una única forma por la integración o la diferenciación de información o de circunstancias externas sino también internas, y en esos momentos aparece un aspecto fundamental de los seres, la afectividad, la cual Simondon nos menciona que es «el principio del arte y de toda comunicación» (ILFI, p. 197). De esa manera, el sujeto no solo cambia, modifica o permea al ambiente, sino que es afectado a la

vez por este. Posturas como las de Heredia (2012) plantean de forma acertada que: «el individuo es, en tanto existente, un ser relacionado» (p. 54). Es decir, el individuo no es un ser sustancial como un elemento ni solo relación, es la realidad de la relación metaestable. Y ésta, se da, a partir de una estructuración constante del sujeto, ya que no es una estructura definida está en devenir, y desde las posibilidades y equilibrios por los que pasa aquel a lo largo de su existencia, lo van permeando, modificando; si estas estructuraciones fueran estáticas, hablaríamos de objetos no vivientes, inmóviles e involutivos como algunos individuos físicos (cristales, ladrillos, etc.).

Esta estructuración no es solamente física, es también psicológica, psíquica, e incluso cognitiva, pues, desde esa relación con el mundo, el sujeto y los objetos, entran en distintos equilibrios según la situación, del problema, de la motivación, la familiaridad, los estados mentales o emocionales, etc. Del mismo modo, la individuación podemos entenderla como un proceso genético, una ontogénesis o una génesis del ser individuado. Pues, no se da, ni tampoco hablamos de un individuo constituido *a priori*. Porque, «el individuo viviente es sistema de individuación, sistema individuante y sistema individuándose; la resonancia interna y la traducción de la relación consigo mismo en información están en este sistema de lo viviente» (ILFI, p. 31). Es decir, no es un principio, ni un término dado en donde surgen los demás, sino que el filósofo francés enfatiza en que

hay que girarse hacia el proceso, en el seno del cual un principio puede ser no solo puesto en práctica sino también constituido [...] el primer gesto consiste pues en sustituir el individuo por la individuación, el principio de la operación». (Combes, 2017, p. 27)

Finalmente, se trata de captar al ser a través de la operación de individuación más no desde uno de los términos de la operación. Pasamos de la ontología a la *ontogénesis*.

3. La afectividad

Todo este recorrido nos conduce a la afectividad, y esta es determinante para la individuación de los sujetos por lo que debemos prestarle total atención porque es transversal al estudio que estamos emprendiendo. Esta, no se limita a la relación que tiene el individuo con la especie sino que también es la relación que tiene este consigo mismo, y evidencia la polarización que existe entre el todo y la nada, pues, en la afectividad el todo sería el polo

opuesto de la nada, y no solamente en cuanto a sustancia o vacío, sino hacia la existencia mutua, y en ella se manifiestan de modo tal que las fuerzas de la integración y la diferenciación se equilibran. Desde luego,

en la vida, la afectividad posee un valor regulador, se eleva sobre las otras funciones y asegura esa permanente individuación que es la vida misma; en el psiquismo, la afectividad es desbordada; plantea problemas en lugar de resolverlos y deja no resueltos los problemas de las funciones perceptivo-activas. (ILFI, p. 201)

Por consiguiente, que lo vital y lo psíquico no sean lo mismo, pero que tampoco estén separados como sustancias diferentes, sino que hacen referencia a dos individuaciones que acontecen en el individuo. Asimismo, hay psiquismo porque lo viviente conserva una dualidad interna, que lo lleva a una realidad *preindividual*, en la que él mismo no encuentra dentro de sí lo suficiente para resolver los problemas a los que se ve enfrentado o que le acaecen. En consecuencia, esta *fase* hace aparición como una nueva capa de individuación del ser, aportándole una carga de realidad rica en potenciales y en fuerzas organizables (Cfr. Simondon, 2015, p. 202).

Por lo que, «afectividad y emotividad son la expresión transductiva del psiquismo y conforman una capa entre consciencia e inconsciencia [subconsciencia], entre la representación y la acción en cada individualidad y en su conexión con el mundo» (Ballabio, 2019, p. 160).

Sin embargo, el psiquismo no se aleja de la acción, pues están en relación constante dado a que el individuo no está ni solamente en uno o el otro, sino que puede ejercerlos en distintos o en los mismos momentos, de forma sincrónica o asincrónica. No obstante, no significa que sean un solo proceso, son dos procesos distintos pero que siguen relacionándose en el individuo como modos de interactuar con el medio y con los demás seres. Puesto a que, no se aleja una de la otra, sino que entran en correlación con la percepción, la sensación,

[y] la afectividad transductiva relaciona las funciones perceptivas y activas, haciendo posible el doble movimiento de integración y diferenciación. Así, a partir de las afecciones, el animal se orienta en el devenir y encuentra un sentido unificado para coordinar percepción y acción». (Heredia, 2012, p. 61)

Por otro lado, ya hemos comenzado a hablar de la individuación psíquica, pero hay un término que aparece constantemente y que no hemos definido aún, *la resonancia interna*. Ésta podemos definirla en pocas palabras, como nuestro autor, como tensión de la *metaestabilidad* (Cfr. Simondon, 2015, p. 258). Adicionalmente, volviendo a la acción, podemos entender ésta no como una modificación a nivel tropístico² del medio en el que se encuentra el sujeto, sino la relación que aquel pueda tener con este y con los objetos. Y el mundo no tiene una única mirada, pues, sin la acción el individuo sigue viendo multiplicidad de objetos, de mundos, pero no encuentra la significación entre ellos e incluso con él mismo. Pero gracias a la acción, logra hallarla e integrar aquellas disparidades en un conjunto más amplio y rico, que se da también por la individuación que tiene el sujeto.

No obstante, si hablamos de acción debemos hablar de percepción, pues, el individuo que percibe es el mismo que actúa y que además lleva a cabo la resolución de los problemas que percibe en los universos perceptivos mediante la acción. Pues, la individuación se da luego de las individuaciones perceptivas para encontrar esa significación que organiza las disparidades que encuentra la percepción hacia emerger una dimensión nueva en la que unifica las dimensiones perceptivas. En consecuencia, es pertinente tener clara que la noción de *medio* puede llevarnos a múltiples interpretaciones, pero que este solamente puede existir cuando el ser viviente integra los mundos perceptivos en una unidad de acción (Cfr. Simondon, 2015, p. 266). Es decir, es gracias a esa interacción entre percepción y acción que el individuo puede entender al mundo como uno, como unidad y no como universos perceptivos dispares. Asimismo, el sujeto «[...] es comprendido [...] como relativo a un *medio asociado* que nace al mismo tiempo que él como su complementario, medio bajo la forma del cual lo *preindividual* subsiste tras la operación de la individuación» (Combes, 2017, p. 52).

4. La percepción y sus niveles

En primer lugar, podemos preguntarnos, qué es lo que haría a un sujeto lo que es, y que a la vez lo distingue de otro y no podemos confundirlo con este. Una vía posible de respuesta,

² Tropismo: viene del griego tropos, vuelta, dirección, giro. Y designa el crecimiento de un órgano a partir de la influencia de diferentes agentes del exterior, como los físicos, los químicos, etc. (Cfr. Simondon, 2015, p. 253).

la encontramos mediante la *percepción*. Partamos de lo siguiente: ¿cómo se individúa el sujeto desde la percepción? No podemos dejar de lado que todo ello se da desde la necesidad que posee el sujeto de individuar —también— objetos, para encontrarse (de alguna forma allí), o ir en búsqueda de estabilidad mediada por un rol y una actividad.

Cuando Simondon nos habla de una actividad, es con razón a que todo ello no es un proceso con tendencias a una estabilidad en cuanto a estática, sino que tiene una tendencia a una *metaestabilidad*, es decir, a una estabilidad del sujeto que está constantemente en proceso, «[...] es un equilibrio, si se quiere, armonía, apenas transitoria, conquistada parcialmente» (Ballabio, 2019, p. 163). Podríamos decir que es una *procesualidad* activa, por el mismo carácter de actividad que ésta conlleva y que permea la relación del sujeto con el mundo, y a cada uno de los integrantes de dicha relación, es decir, sujeto, mundo y la relación que interactúa como medio entre ambos.

El sujeto al percibir capta todo el objeto en sí, lo capta separado de otros objetos, no capta un *continuum* de imágenes sucesivas o de sensaciones, es capaz de distinguir, incluso, la figura del fondo, de distinguir colores, formas, texturas, intensidades de luz, otros sujetos como animales, plantas, seres humanos. De allí, que la teoría de la buena forma y el asociacionismo, sean insuficientes o se queden a medio camino de la investigación sobre la percepción de los objetos y del sujeto mismo, pues, el sujeto no capta solo formas. De hecho, se ha podido comprobar que para algunos es más fácil captar otras características de los objetos como el color, el tamaño, es decir, el *conjunto* de unidades o características que lo componen y no cada una en su especificidad, sino la unidad que conforman y de la que se desprende o constituye el objeto.

Un ejemplo de ello puede ser este texto que están leyendo, no se compone solamente de letras en una hoja: ¡ustedes no ven solo eso! Agrupan las letras y las plasman dentro de una hoja blanca que pueden ver desde su computador, no ven cada parte de su computador sino solo la pantalla, y del texto ven todo en su conjunto, no letra por letra o línea por línea del rectángulo que compone cada página o del interlineado; todo en su conjunto es lo que podemos percibir de este. Con base en el ejemplo anterior, cabe traer a colación que, en sí y para Simondon, no es solo relevante la relación que tenga el sujeto con el medio o cada uno separado, sino la relación misma, como camino de un sistema a otro, como ese enlace/puente que une a los dos conjuntos para tener noción del otro. Dado a que la relación no se da entre

extremos sino es bicondicional porque no se trata de la influencia del medio sobre el sujeto o al contrario sino de las posibilidades y las relaciones que cada uno posee y que afectan al otro sumada a la relación misma que también constituye al ser por eso esta no se dirige solo en una dirección sino de un lado al otro; el medio es *medio asociado* para el sujeto.

Hasta ahora, hemos hablado de sujetos, pero no los hemos definidos. A *grosso modo* son solo sujetos los seres humanos, sino los seres vivos y no vivos, pues entran en relación con el individuo y están dentro del medio con sus particularidades, con sus individualidades y propias individuaciones, en distinto grado o nivel; la individuación o individuaciones no son de carácter jerárquico, no es que una esté encima de la otra o sea superior, sino que, hay distintos niveles y dependen también del ser (o seres) y de su relación con el medio.

Mediante la distinción entre forma e información, se da cuenta de que la individuación no se da en los objetos solamente por la forma que es discontinua como un rectángulo, o ni en lo continuo desde la información como estructuras o señales que pueden tender al infinito, «porque el mundo físico también revela sistemas provistos de un alto nivel de organización y “contiene sistemas en los que existen energías potenciales y relaciones, soportes de información” (p. 232)» (Heredia, 2012, p. 59).

Se preguntarán, ¿por qué terminamos hablando de individuación si hablamos de percepción? Pues, tanto la percepción como la individuación no están separadas la una de la otra, dado a que tanto «[...] emoción y percepción son aún modos transitorios de actividad que requieren una instancia superior de integración, instancia que implicará una relación activa con el mundo y con los otros vivos» (Heredia, 2012, p. 66), y sería precisamente ese tránsito entre emoción y percepción el que abriría paso a individuaciones posteriores del individuo como la psíquica y la colectiva, o transductiva. Además, que percepción e individuación ocurren en los sujetos en distintos momentos, pero se relacionan. A saber, a través de la percepción capto la individualidad de los objetos, los distingo de otros, todo ello gracias a la información que me permite captarlos como intermediarios entre el sujeto y el mundo, permitiendo un acoplamiento entre ambos. Como decíamos líneas atrás, la individuación entra aquí, ya que al identificar o percibir los objetos, los distingo de mí, en cierta forma los individuo del medio, es decir, los distingo de este, los dotó de significación, ya que, «la información es lo que le permite al sujeto situarse en el mundo» (Simondon, 2015,

p. 306). Además, el sujeto no percibe la cualidad de la información ni puede aumentar la cantidad de señales, percibe su intensidad, es decir, el potencial de la información en una situación. Dado que, la percepción no es solamente captar las señales organizadas, sino que introduce la organización de las señales captadas con las antiguas del sujeto para retener la mayor cantidad de señales con relación al sujeto, es decir, es mediadora entre la intensidad de la información que el sujeto recibe y la relación de este con el mundo. En consecuencia «percibir es atravesar; sin este gesto activo que supone que el sujeto forma parte del sistema en el cual se plantea el problema perceptivo, la percepción no podría llevarse a cabo» (ILFI, p. 309).

A través de la percepción, el sujeto hace aparecer una cantidad de soluciones necesarias para resolver uno o varios problemas, todo ello a través del intercambio de información, porque no es solo este (el individuo) el que la posee, sino que el medio también está cargado de ésta. Pero, no hacemos referencia solamente a datos, sino que «el individuo es el resultado de una formación; [...] La existencia del individuo es esta operación de transferencia amplificante [...] El individuo condensa información, la transporta, y luego modula un nuevo medio» (ILFI, p. 237).

Podríamos decir que pasamos de hablar sobre la información como la captación de nociones de materia y forma, y esta última

[...] deja ser comprendida como principio de individuación que actúa sobre la materia desde el exterior, y se convierte en información [...] para designar la operación misma de la adquisición de forma, la dirección irreversible en la cual se opera la individuación». (Heredia, p. 30)

Por lo tanto, sujeto como mundo se *informan*, *interactúan*; y *ser informado* es una forma de acoplarse con el otro sistema. De allí, que también sea *in-formación*³, no es solo un pasaje de información de un lugar al otro o de una categoría a la otra, es más bien una operación que tiende a un equilibrio *metaestable*.

Cabe aclarar, que no hay una sola percepción, sino distintos tipos de ésta. Igualmente, es siempre el primer paso, es completa y autónoma, precede a la individuación, a la sensación, etc. Pues, «a través del acto perceptivo, el sujeto constituye la unidad de la percepción en el

³ No se trata de algo a nivel conductual, sino de tomar posición o construir; interpretación propia.

sistema formado por el mundo y el sujeto [...] percibir es atravesar: sin ese gesto activo [...] la percepción no podría llevarse a cabo» (ILFI, p. 309). Además, esta es siempre directa, a saber, porque el individuo no solo percibe señales yuxtapuestas o desordenadas, sino que la misma percepción es la que organiza estas totalidades para que el sujeto al percibir logre retener la mayor cantidad de señales y/o significaciones pero que estén relacionadas con él, es decir, con la relación entre el individuo y el mundo.

Por lo tanto, podemos hablar de una percepción de clases/géneros, pues, es una percepción primitiva y es anterior a la percepción del individuo; posteriormente, pasamos a una percepción de objetos y de signos. Todo ello se da gracias y desde el ambiente, pues, este no es un mero receptor de información, sino que también está cargado de ésta, dado a que posee energía potencial que tiende a la *metaestabilidad*.

4.1 Niveles de percepción

El primer nivel de percepción al que nos referimos como primitivo es la sensibilidad a los agentes físicos, el segundo es la percepción de clase o reacción a señales. Adicionalmente, cuando hablamos de objeto (tercer nivel de percepción), nos referimos a algo que tiene una supuesta existencia fuera de mi individualidad y que conserva una permanencia casi que invariable, en un primer momento (Cfr. Simondon, 2015, p. 205). La percepción de clases, el segundo nivel de percepción, podemos entenderla como el nivel en el que el individuo es capaz de sintetizar e integrar los datos simultáneos que le llegan a través de todos sus sentidos u órganos sensoriales (Cfr. Simondon, p. 205). El tercer nivel de percepción es la percepción de objetos, es posterior a la percepción de clase que se da mediante estímulos y señales. En este nivel de percepción los objetos son percibidos como dotados de una permanencia y de identidad que son captados en tanto individualidad, es decir, diferenciados de otros por sus características singulares. Adicionalmente, podemos decir que la percepción de objeto es una identificación que se da posterior a la percepción de clase, podríamos llamarla *identificación* y de la que procede la percepción por sensorialidad en cuanto a que el sujeto está en un nivel más alto de vigilancia e interpreta el mundo a través de reacciones instintivas o primitivas.

De igual manera, la percepción no es un proceso inacabado o que tenga una finalidad, en cuanto a culminación, sino que tiende hacia una *metaestabilidad*. Ésta podemos entenderla como una tendencia a una estabilidad pero que está en constante desarrollo o tránsito, ya que, si se llega a un punto de equilibrio, este sería momentáneo, pues, como el sujeto no es estático, sino dinámico, sería ir en contra de la naturaleza del mundo y del sujeto mismo. Al no ser una sola percepción tampoco existe una sola individuación, lo que ocurre es que nos encontramos con diferentes ámbitos en los que la relación sujeto—mundo puede manifestarse y en cómo, desde la percepción, se da de distintas formas para todos los seres o sujetos que reciben las segregaciones de unidades perceptivas. Es decir, las unidades que le permiten al sujeto captar el conjunto de señales del medio permitiendo el acoplamiento entre el sujeto y el mundo.

5. Afección, emoción y sensación

5.1. Afección

Comenzaremos diciendo que cuando hablamos de afectividad —a veces— solemos pensar solamente en el placer o su contrario, el displacer o dolor. No obstante, la afectividad es más problemática y amplia. No se reduce solamente a estos sino a algunas de sus representaciones o cualidades afectivas alrededor del placer y el dolor. Debido a que «no se puede reducir la afectividad al placer y al dolor [...] [porque] no son solamente efectos, son también mediaciones activadas y que poseen un sentido funcional» (ILFI, p. 325). Además, a raíz de ambos, el ser humano obtiene experiencias en su vida y en los potenciales sobre aquello que tiene o lo que lo constituye.

Por otro lado, no podemos dejar de lado que tanto la sensación como la afección son dos maneras que tiene el individuo para indagar por el mundo. Al mismo tiempo, debemos partir del hecho de que no es primero la objetividad, la completitud del objeto sino la subjetividad, pues, lo primero es la orientación. Y en el caso de la primera, el sujeto se pregunta por el mundo en tanto es sujeto individuado, como viviente que posee órganos sensoriales y que están enmarcadas en un nivel unidimensional al igual que las respuestas.

Conjuntamente, es la capacidad en la que el sujeto puede captar dirección (direccionalidad) más no objetos y también le permite ubicarse espacialmente, encontrar una

dirección en medio de todo lo que lo rodea. Pues, a través de ésta es capaz de distinguir mediante sus sentidos, y logra reconocer dicha diferencia para buscar el *médium* entre esas diadas existentes como el calor o el frío, lo más luminoso y lo más oscuro, etc; es la captación del centro de una polaridad, puesto a que no solo percibe los dos extremos sino al centro que hay entre ambos. Es decir,

la sensación es tropística en sí misma, hace coincidir lo viviente con el médium de un gradiente y le indica el sentido de ese gradiente. No existe una intención de captar un objeto en sí mismo para conocerlo, ni la conformidad entre un objeto y el ser viviente, la sensación es aquello a través de lo cual lo viviente regula su inserción en un dominio transductivo [...]. (ILFI, p. 328)

Por el contrario, en el caso de la afección el individuo indaga acerca del mundo, pero en cuanto a que el sujeto se encuentra consigo mismo, y halla allí la integración con la vida dentro de un espacio temporal al que podemos llamar: el gradiente del *devenir*. En este sentido, la afectividad está individuada (e individúa) temporalmente, y es por ello que puede manifestar la singularidad de un ser viviente; en el proceso de individuación ella deviene afectividad constructiva, instancia en la cual confluyen y se relacionan los múltiples mundos perceptivos en los que participa el viviente, las dimensiones abiertas en ellos por su accionar y, por último, una suerte de memoria afectiva que marca su singularidad y su identidad actual (Heredia, 2012, p. 62). Sin embargo, es en ese momento nace la emoción, pues, no se logró conseguir unificar los estados de los sujetos en una única dimensión de afectividad. En este sentido, «la emoción logra conquistar una dimensión superior que garantiza un equilibrio *metaestable* sobre la base de la problemática afectiva [...] la emoción integra a las diversas dimensiones del universo afectivo, es organización de afectos y opera en lo psíquico [...]» (Heredia, 2012, p. 66).

5.2. Emoción

Primeramente, «la emoción es un descubrimiento de la unidad de lo viviente, así como la percepción es un descubrimiento de la unidad del mundo; son dos individuaciones psíquicas que prolongan la individuación del viviente, completándola, perpetuándola» (ILFI, p. 330). Es decir, la emoción conduce al individuo, le da sentido asumiendo la afectividad para

unificar ambas. Entre tanto, la afectividad lo ubica en un estado en medio del devenir; a saber, la emoción modula la vida psíquica del sujeto mientras que la afección actúa en cuanto a contenido. Sin embargo, ¿esta modulación sería arbitraria y sin orden? No, «[...] la emoción, [...] operará como factor de organización, jerarquización y unificación temporal de las afecciones con miras a la individuación de una disposición» (Heredia, 2012, p. 65). Es decir, la emoción organiza a las afecciones, no es solo una modulación de la vida psíquica de los sujetos sin una disposición.

Asimismo, la emoción es la que organiza a las afecciones integrándose frente al devenir de la misma forma que lo hace la percepción frente al mundo. Podemos decir que ambas, tienen esa capacidad integradora de unir múltiples disparidades u oposiciones permitiendo una nueva individuación, al contrario de la sensación y la afección. Adicionalmente, es allí en donde se encuentra la relación del sujeto con el mundo y la relación de este con los otros, pues, permite que las emociones vayan hacia las percepciones —y estas a las emociones—, lo que se enmarca en el dominio de lo que Simondon ha denominado *transindividual*.

Dado a que,

lo transindividual se acerca a la idea de pueblo y de espiritualidad colectiva, busca captar una realidad que posee su propia metaestabilidad, que tiene consistencia relacional y que es histórica, pero que excluye cualquier derivación hacia el esencialismo o el relativismo cultural. Por otro lado, lo transindividual busca superar los enfoques dualistas e hilemórficos que oponen abstractamente individuo y sociedad. (Heredia, 2012, p. 69)

Sin embargo, no podemos asumir que el sujeto entra en relación con otros sin que siga teniendo una relación consigo mismo, y se puede dar gracias a que este posee aún carga *preindividual*. Mejor dicho, todos poseemos carga *preindividual*, y esta es la que permite que nos permite volver a nosotros mismos, pero sin dejar de lado las potencialidades para relacionarnos con los otros; constituyendo el principio de lo *transindividual*. Que además no sería solamente la unión de individuos individuados, sino de sus cargas *preindividuales* para conformar la sociedad, o en el caso de otros individuos, la colonia. Dado a que el individuo solo no podrá ir más allá de la percepción y de la emoción, de la pluralidad de ambas.

Por ende, la emoción «[...] integra a las diversas dimensiones del universo afectivo, es organización de afectos y opera en lo psíquico “un descubrimiento de la unidad de lo viviente”, es decir, una resonancia interna en el seno de un sistema en equilibrio metaestable»

(Heredia, 2012, p. 66). Además, aquella no es activa solamente al interior del sujeto como ser individual, es también una transformación de ese carácter activo del sujeto y expresa la relación que tiene consigo mismo y concierne lo colectivo. Es decir, «la emoción [es la] capacidad del ser individuado de desindividuarse provisoriamente para participar de una individuación más vasta» (ILFI, p. 204).

No obstante, considero que hablar de una desindividuación es quitarle el carácter de mutabilidad que tienen las individuaciones en el sujeto porque no es que una llegue a su fin y de ahí nazca la otra, sino que posibilita su existencia mutua pero no se agota en la posterior individuación, se ha actualizado con relación a la vida del sujeto. Más bien, a lo que hace referencia este tema es a la capacidad del sujeto de desdoblarse o de ejercer estas individuaciones volviendo a sí mismo, sin dejarse de lado a pesar de estar inmerso o rodeado de otros. En este caso se trata de un volver a lo *preindividual* pero sin perder las potencialidades de la individuación o individuaciones que haya tenido el individuo. Es decir, no es que una individuación comience y después termine, solamente que se satura a sí misma y posibilita una posterior, pero sin perder los potenciales y sin dejar terminada o finalizada la anterior; porque estará la carga preindividual que tiene el ser como energía potencial y esta no se agota con cada individuación, sino que este potencial se actualiza en función de la búsqueda de *metaestabilidad*.

Si seguimos esta manera de ver la individuación, podemos decir que una operación psíquica es el descubrimiento de significaciones que hay en un conjunto de señales, y que ésta ayuda a que la individuación con la que comienza el sujeto se prolongue, pues, tiene incidencia tanto en la relación que tiene con objetos del exterior como consigo mismo. Por eso es inevitable regresar a la percepción, pues, aquella incorpora lo particular en un conjunto descubriendo a partir de dos momentos particulares la forma en la que estos se complementan, es decir, no es una reducción a cada uno de los que están en conflicto como la imagen del ojo izquierdo y la del ojo derecho, sino que las integra como una operación amplificante para hallar la forma en la que las dos se incorporan, en este caso en una sola imagen.

Se puede llamar imagen a ese estilo común a la configuración de conjunto y elemento; la imagen no está dada solo por los elementos, que crean solamente por ello la necesidad en el sujeto; tampoco es impuesta por las líneas del conjunto, capaces de crear solas, por

efecto totalitario, falsas ventanas; la imagen es el encuentro real del postulado de los elementos y del postulado del conjunto en una axiomática perceptiva de compatibilidad. (Simondon, 2013, p. 103)

Es decir, la imagen es el encuentro entre tendencias perceptivas –emitidas– del mundo y el sujeto –que también emite y sigue– en una axiomática de compatibilidad –valores perceptivos–. Esta imagen no es solo una representación de los objetos, sino que es el lugar de comunicación entre sujeto y objeto. Lo que nos remite de nuevo a la *transducción* porque media los órdenes de realidad dispares para posibilitar la comunicación con la finalidad de una nueva estructuración pasando al nivel macro propiedades activas que posee la discontinuidad micro y «[...] explica el proceso de información de un sistema, es decir, el proceso a través del cual un sistema se forma y se estructura en el marco de un devenir metaestable» (Heredia, 2012, p. 60).

5.3. Sensación

Igualmente, la percepción necesita del carácter diferenciador que posee la sensación, pues, no es lo que le aporta al sujeto *a priori*, sino que es la interacción diferencial de los órganos de los sentidos con el medio, «es poder de diferenciación, es decir captura de estructuras relacionales entre objetos o entre el cuerpo y los objetos» (Simondon, 2015, p. 262). Asimismo, como lo han manifestado autores como Heredia (2012), Montoya (2019), tanto la sensación como la percepción posibilitan la inmersión del individuo en el mundo. Y es coherente también con la actividad de integración que realiza la percepción. Además, son dos materias que se complementan en la individuación amplificante que el sujeto tiene desde su relación con el mundo.

El papel fundamental de la sensación también radica en que manifiesta las incompatibilidades que están cargadas de información, y trae consigo esa capacidad problemática que permite la amplificación de las reacciones sensomotoras. La estrategia perceptiva (a nivel tropística) y la adaptación sensorial vuelven posibles las otras modalidades perceptivas, captación de clase e identificación de un objeto (Cfr. Simondon, p. 203). Adicionalmente, lo que caracteriza una percepción es el carácter estructural que posee, pues, lo que capta el sujeto en primer lugar no son los elementos –particulares– sino conjuntos que poseen características y significación. Además, la unión perceptiva es global

pues se refiere el término que hay entre un objeto y la totalidad (Cfr. Simondon, 2015, p. 231).

Es precisamente, por esta relación de integración y diferenciación que existe entre percepción y sensación, que es permitiente sentir la atención de nuevo en ambas, pero ya teniendo mayor claridad conceptual y del panorama en el que aquellas se manifiestan u aparecen en los individuos. Pues, «sentir y percibir no son operaciones opuestas; las sensaciones se unen en un todo formalizado y coherente, de manera progresiva y continua, según la perspectiva de convergencia ya constituida por la relación entre los sentidos particulares y el sentido común» (Simondon, 2015, p. 287)⁴. Es decir, no hablamos de una misma actividad que acaece en el sujeto, pero no hay una oposición radical entre ambas, sino que en algún momento de las individuaciones del ser viviente pueden acontecer— e incluso— contribuirse mutuamente; ya hemos hablado líneas atrás de las individuaciones de los sujetos. De allí que en cuanto a la historia del término *sensación* se hallen distintas posturas, entre las cuales rescata el autor y que nos es pertinente para la discusión que ahora llevamos, la postura aristotélica. Pues, nos pone en consideración a esta como el tránsito para actuar, y que hace que dentro del sujeto se encuentre tanto el acto como la potencia de la acción. Por ende, hablamos aquí de una potencialidad en triada, una en el objeto, otra en la acción, y la otra en el sujeto que puede realizar la acción.

También, encontramos nociones como la platónica, en la que se le da un carácter de falsedad a los sentidos/sensibilidad, pues, no nos conducirían a las ideas verdaderas sino a las copias que pueden ser erróneas. Por ende, planteamientos posteriores, dan el paso que rescata el papel de lo sensitivo en el individuo, que a diferencia de esta postura, y de acuerdo con la doctrina aristotélica, tanto figura como fondo son del mismo mundo y tienen el mismo origen, y no provienen de dos mundos distintos, sino que ambos poseen tanto características de lo sensible como de inteligibilidad. Es gracias a estas, que podemos decir, que la sensación «ya no es, como en la doctrina platónica, el comienzo de una conversión; es el origen de una conversión, un pasaje del poder a la acción» (Simondon, 2015, p. 288). A saber, hacer una distinción radical u opositora entre percepción y sensación nos guiaría a dejar de lado a alguna de las dos o a considerar que tienen una especie de jerarquía, pero al igual que las

⁴ Cita tomada del texto original en francés, pero traducida para mayor claridad para el lector.

individuaciones, no hablamos de una superior a otra sino de niveles. Y en este caso de niveles que posee el individuo para relacionarse con el mundo que tiene a su alrededor, logrando percibir objetos completos y teniendo una posibilidad de actuar con este o que aquel sea el que logre cambios en él.

Con base a lo anterior, también encontramos la relación que el individuo logra en el medio en cuanto al tropismo y que hacen que aquel logre llegar a una identificación del ambiente en el que se encuentra —e incluso— es capaz de modificarlo según las condiciones en las que se encuentre o en los problemas que deba resolver para conseguir su *metaestabilidad*. «Así, el viviente se singulariza en su medio asociado, en tanto es agente de una transducción afectiva y en tanto es producto de una relación entre órdenes de magnitud dispares (pasado y futuro, medio interno y medio externo)» (Heredia, 2012, p. 63). Un ejemplo de ello es cuando un animal consigue crear un refugio para ocultarse de sus depredadores, pero también para protegerse del frío, pues, aquel interactúa con el medio como este con él, y ambos se ven permeados por las actualizaciones a la que ha guiado el uno al otro, o más bien, que ha realizado cada uno sobre el otro. Asimismo, aquel animal no solamente ve a su medio como un lugar cualquiera en el que se encuentra, sino como *su medio*, aprende a conocerlo, es capaz de percibir algún cambio que en aquel ocurra, como el sonido fuerte de una rama rompiéndose, lo que lleva a que se active su sentido de vigilancia (reacción instintiva) para identificar de qué se trata, ya sea de otro animal de su colonia/grupo u un depredador. En este caso, el animal tiene en cuenta tanto el sonido, como el olor de aquel que va acercándose a él, y también si tiene o no alguna familiaridad con este, hace uso tanto de la percepción como de la sensación.

Para ilustrar mejor el ejemplo, podemos trasladar la situación al ser humano, supongamos que nos encontramos en nuestro medio, el que conocemos y con el que hemos interactuado, pero de repente vemos a alguien a lo lejos que se nos va acercando, en ese momento percibimos a aquel sujeto como un individuo con determinadas características, altura, textura, etc. A medida que se va acercando podemos ir percibiendo con mayor claridad a ese “extraño”, en ese instante también actúan las reacciones sensoriomotoras, y nos ponemos en estado vigilante, se nos acelera el corazón, nos sudan las manos e intentamos buscar algún camino por si hay que huir si es un peligro. Cuando podemos identificar algunas características de alguien que conocemos, como el color de cabello, su rostro, su voz, también

entran a interactuar las emociones que aquel nos produce o que tenemos ante él/ella. Y a partir de ese proceso de integración y diferenciación, podemos decidir rápidamente qué hacer, si quedarnos o huir; tanto en el animal como en el ser humano, ambas son las opciones mediante las que pueden actuar en una situación de este tipo.

En consecuencia, el largo ejemplo anterior, nos puede ilustrar la idea de que no hay sensación aparte de una percepción, dado a que no captamos en un primer momento elementos separados entre sí y posteriormente los unimos y los organizamos. Es decir, desde el comienzo y dentro de la percepción, las unidades que aparecen dispersas se organizan, formando agrupaciones en figuras completas, como cuando observamos un compuesto químico, pues no observamos a cada átomo que lo compone sino al conjunto completo que se manifiesta a través de este.

Por lo tanto, «la sensación no es solo el comienzo de una percepción que la incorpora; también puede desencadenar una emoción, un reflejo, fomentar un comportamiento instintivo, es decir, ser en sí mismo una señal» (ILFI, p. 297). Y al ser ella una señal, nos abre la posibilidad a que el individuo pueda no solamente percibir objetos sino crear organizaciones tanto de significación como de información, podemos decir que la sensación es el vehículo de información que determina la acción.

Además, de que en casos como el ejemplo de líneas atrás, conlleva a una reacción de alerta, a «un despertar de la atención sensorial, un cese de la actividad actual a favor de una orientación exploratoria y una advertencia. Este aspecto corresponde en los animales superiores a la fase primaria de la emoción provocada por la novedad» (ILFI, p. 303). De la misma manera,

para comprender esto hay que recordar que un viviente no cesa de enfrentarse, en tanto que vive, a una serie de problemas: percibir, alimentarse, experimentar una emoción, aparecen, así como otras tantas tentativas para resolver tal o cual problema de compatibilidad con un medio. (Combes, 2017, p. 61)

Finalmente, tanto la percepción (o percepciones) como la afección, la emoción y la sensación se relacionan con el modo en que el individuo constituye el ambiente y es capaz de reconfigurar su manera de percibirse y de lo que percibimos. Es precisamente esto, lo que podríamos entender como fundamento o estructura para el individuo psíquico.

Por lo tanto,

el psiquismo surge cuando el viviente no se concretiza completamente y conserva una carga de ser preindividual que, ralentizando la trinidad coordinada de lo viviente, produce una dualidad interna. Esta dualidad implicará para el viviente la posibilidad no solo de estar en proceso de individuación sino, además, de ser un elemento individuante de su propio proceso pues, en lo sucesivo, mantendrá también una relación consigo mismo. (Heredia, 2012, p. 64)

Así pues, la percepción es una captación completa y definitiva del todo, con el sentido de «todo», el conjunto de señales de información, de formas, de potencialidades, y de las características del objeto o sujeto que percibe el individuo. No obstante, no quiere decir que capte o perciba todos los aspectos del sujeto o del objeto, pues, cognitivamente sería muy complicado por la capacidad que tiene el cerebro de retener toda la información inmediata o a corto plazo. Solo captamos algunas señales de información (como la sensación) de todas las que podemos recibir del medio, de los objetos o de los sujetos, pues no es una percepción o una cognición definidas, ya que depende también del estado de ánimo del sujeto (afección-emoción), de a qué dedique su atención, de la familiaridad que tenga (o no) con este o estos, y también de las percepciones e individuaciones anteriores, —e incluso— la cultura o comunidad a la que pertenezca, y/o el lugar en el que se encuentra espacio-temporalmente.

Luego de este recorrido, hemos analizado la individuación, la percepción, la emoción, la sensación, la acción y los pasos que unen a todas ellas en la vida de los sujetos, más específicamente en su ontogénesis y conformación de la vida social en tanto individuos *transindividuales* y colectivos que a la vez no se alejan de sí mismos. No obstante, aún nos quedan varios conceptos por aclarar, algunas relaciones por identificar y/o clarificar, como la noción de individuo psíquico y su relación con el ámbito psicológico, además del papel que puede tener —o no— el cuerpo y las nociones transversales que tiene el sujeto con los otros y el ambiente.

Segundo Capítulo

Cuerpo, psique, individuo y lo preindividual

2.1. El individuo psíquico

Hemos analizado —hasta ahora— la percepción en la individuación psíquica pero solo ha sido el comienzo del camino, pues, la individuación psíquica no se reduce a la percepción como vimos en el capítulo anterior dado que un estudio como el que estamos emprendiendo deben plantearse también las cuestiones de la conciencia y del individuo. Puesto a que, la individuación psíquica no deja de lado ni a las emociones, ni a las sensaciones, porque el sujeto no solo percibe, sino también siente, tiene emociones, afecciones, más individuaciones, etc. Asimismo, el individuo desde su aspecto psíquico no se piensa aislado de los demás, sino en relación con ellos sin olvidarse de sí mismo. Dado a que «el psiquismo no es ni pura interioridad ni exterioridad sino permanente diferenciación e integración, según un régimen de causalidad y de finalidad asociados que llamaremos *transductivas*» (ILFI, p. 311). Por ende, la importancia de considerar la conciencia del individuo, porque este no solo se relaciona con otros abstrayéndose de sí mismo, sino que también se desdobra en dirección a su propio lugar en el mundo, a sus propias emociones, sensaciones, afecciones, etc.; vuelve la mirada hacia sí mismo; y también se distancia de sí mismo cuando no haya respuestas por sí mismo y prima lo *preindividual*.

Para comenzar, el sujeto se va individuando a medida que percibe a otros individuos y también ello forma parte de la manera en la que comprende la realidad y los objetos que percibe o constituye. Y todo ello atravesado por la afectividad y la emotividad, pues, la conciencia y la subconciencia son la unión permanente del individuo consigo mismo y con el mundo, o principalmente, la unión entre la relación del individuo consigo mismo y la relación de unión del individuo con el mundo; a saber «todo movimiento afecto-emotivo es a la vez juicio y acción performada» (ILFI, p. 312). En este sentido, el individuo no es solamente relación de exterioridad ni sustancialidad absoluta, no es el principio que contiene todo (todos los potenciales, la unidad absoluta), en su unidad y de donde todo se deriva. Es decir, existe una distinción con el psicoanálisis en dos sentidos, el primero es que no ponemos

como fundamental al inconsciente, pero tampoco en el mero consciente, lo que es relevante para nosotros aquí, es la *subconsciencia*. Que hace referencia a la capa que se encuentra en el límite entre la conciencia y el inconsciente. Además, este subconsciente es esencialmente afectividad y emotividad, y a partir de estos momentos afectivo-emotivos se van sentando las bases para la comunicación intersubjetiva; y esta es una de las fases de la individuación en cuanto a lo colectivo: *la individuación transductiva*. Pues, esta vendría siendo un nivel posterior a la individuación del sujeto, ya que, en aquella el sujeto trae consigo la relación con los otros y con el mundo más allá de lo individual.

Puesto a que, como lo plantea Heredia (2012):

cuando lo preindividual no se amplifica en lo transindividual surge la angustia, la cual revela cómo esa sobrecarga de realidad preindividual, al no resolverse, recae sobre el individuo aislado y lo pone como problema para sí mismo (Simondon, 378-79). La angustia aparece como un estado afectivo negativo que, manteniéndose como conflicto interno, no logra pasar a una fase superior de individuación; es “emoción sin acción”. De modo que la problemática afectivo-emotiva no se resuelve a nivel del individuo psíquico, lo psíquico es una “vía transitoria” hacia lo colectivo —donde se consumará y resolverá su problemática—. (p. 67)

Cabe preguntarse si en esta relación del sujeto con el otro propicia con su encuentro en lo colectivo una realidad eterna (o extendida) o un sujeto que prevalece en (o a través) del tiempo. No, la única realidad eterna, es el individuo en tanto ser *transductivo* pero no tanto en cuerpo, conciencia o materia activa. A saber, es de esta manera no porque el sujeto vuelva a tener su corporalidad después de la muerte, si esto fuera posible, sino que el individuo al morir entra en el devenir de un anti-individuo, cambia signo, pero se mantiene en el tiempo como ausencia de individualidad. Pues, el mundo está formado tanto de individuos actualmente vivientes como también de individuos “negativos” que están compuestos por afectividad y emotividad pero cuya existencia se reduce a un nivel simbólico.

Para dejar más claro esto, Simondon nos habla de que cuando el individuo muere ya no tiene actividad y ésta permanece inacabada en tanto sustancia activa; en efecto, permanece en la subconsciencia de los individuos vivos, quienes se encargan de mantener el ser de aquellos que murieron pero que existen como ausencia, manteniendo su existencia simbólica, a través de estos aún después de la muerte de su corporalidad. Asimismo, «en la voluntad del individuo de servir para algo, de hacer algo real, existe en cierta forma la idea de que el

individuo puede consistir solamente en sí mismo» (ILFI, p. 316) pero no en cuanto a una aseidad absoluta, pues, él no puede desde su propia naturaleza o capacidades alargar su existencia más allá de su corporalidad. Sin embargo, cabe aclarar que el dualismo sustancial debe quedar por fuera, pues, el aspecto de la vida espiritual es importante y es parte significativa de la vida del individuo, y es un ejemplo de dimensión de lo afectivo-emotivo.

Con relación a ello, estamos de acuerdo con la postura que plantea Vargas Guillén (2014), dado a que «volver la mirada a lo común en su despliegue, mediante el reconocimiento del otro que, en su diferencia de una u otra manera también hace parte de mí, es la puerta de entrada de la región de lo espiritual» (pp. 62-63). Aunque cabe plantear que no solamente se hace referencia a lo común como cualidades que sean similares entre unos individuos y otros, sino que además aluden a que lo social o el *medio asociado* de los seres es también una versión de lo múltiple y/o de las potencialidades del individuo con relación al mundo que lo rodea y con el que interactúa. En vista de que, esta interacción es ambivalente, horizontal, y no se agota ni en el centro (como el autor nos plantea) pero tampoco en ninguno de los dos extremos, sino que ambos se reflejan el uno al otro. Y esta espiritualidad nos permite decir que el sujeto está separado pero a la vez ligado a lo colectivo, a la dimensión del ser individuado y también a la que tiene con los demás. Esta última tiene una carga de realidad preindividual del sujeto, dado a que, vive con la conciencia de su existencia y no con una individualidad sustancial; es esencialmente afectividad y emotividad.

La emotividad la podemos entender como algo que no solo está en el interior del sujeto como ser individual, porque aquella es también una transformación de ese carácter activo del sujeto y expresa la relación que tiene consigo mismo y despliega lo colectivo. Pues «[...] lo colectivo, para un ser individuado es el lugar mixto y estable en el que las emociones son puntos de vista perceptivos y los puntos de vistas son emociones posibles» (p. 316) es decir, se logra un intercambio entre la percepción y la emoción, y todo ello al estar el individuo con otros porque solo no podría ir más allá de estas ni integrarlas. Por otro lado, acción y emoción tienen una relación correlativa, la primera con la individuación en lo colectivo y la segunda es, además, captada por el sujeto pero que no participa de esa individuación, y es de esta manera, ya que aquel percibe la emoción del otro más no la individualización que este le pueda llegar a hacer, pues es lo que logra percibir estando presente en lo colectivo.

Sin embargo, acción y emoción en lo colectivo están distanciadas, de la misma manera que percepción y afectividad, pues, la última tiene un contenido de espiritualidad mayor y la percepción apelaría más a estructuras constituidas ya en el sujeto individuado. Y ello nos guía a una nueva problemática, y es que «el sujeto es individuo y algo distinto que individuo; es incompatible consigo mismo» (ILFI, p. 320). No obstante, la solución ante ese “sinsabor” la encontramos en lo colectivo, pues, ahí el sujeto llega a coincidir consigo mismo porque acción y emoción nacen cuando lo colectivo se individúa, y esta es la reciprocidad que unifica tanto a la afectividad como a la percepción en una dimensión mayor.

Cabe decir, que cuando nos referimos a la emoción, hablamos no solo de un cambio interno sino también de un determinado impulso que tiene una finalidad, y en este sentido es el de la acción. De hecho,

puede decirse, entonces, que la región de lo espiritual en Scoto y Simondon remite a la comunidad de lo humano en su despliegue de potencialidades, una incesante individuación que se da entre los diferentes individuos que lo conforman, un colectivo que es básicamente acción, en palabras de Virno: multitud. (Vargas, 2014, p. 61)

Con relación a esto, podemos comprender que la espiritualidad es la reunión de lo individual y lo colectivo con tendencia hacia la acción y la emoción. Como hemos podido notar, es inevitable no mencionar de nuevo a la afección y a la emoción cuando hablamos del sujeto. En el capítulo anterior, centramos la atención en definir a ambas y diferenciarles o notar las distinciones que marca Simondon con la sensación y la percepción. De allí que en este momento no nos dediquemos a definir sino a entretener de nuevo las relaciones o interacciones que aquellas poseen cuando acaecen en el sujeto, y aún más en el individuo desde la *psique*. En consecuencia, encontramos un sentimiento que —a veces— pareciera ser una emoción y que para nuestro autor es la angustia. Pues, es uno de los sentimientos en los que se evidencia más al sujeto como tal, (regresando a lo preindividual). Ya no hablamos solamente de un sujeto en el plano colectivo sino del sujeto consigo mismo. Es el momento en el que se encuentra con la inestabilidad, vuelve a estar consigo mismo, vuelve a lo *preindividual* y por eso la angustia es uno de los pasos necesarios para la individuación de este, de nuevo. Dado a que, para Simondon lo preindividual hace referencia al ser como “sin fases” «[...] es decir, aquello que precede a la individuación; cuanto una “naturaleza asociada” al individuo, [...] una carga de potenciales que explica las transformaciones del

individuo y realiza la individuación en el desfaseamiento del ser» (Heredia, 2012, p. 56). De allí, que cuando ocurre un evento que lo afecta fuertemente, como lo es el estar angustiado, este sentimiento causa que aquel sea capaz de volver o buscar una nueva fase de estabilidad o *metaestabilidad*, o tender hacia ésta al encontrarse “inestable”.

Al referimos a la *metaestabilidad*, mencionamos la tendencia hacia lo estable del individuo, y desde allí el sujeto supera la inestabilidad o las crisis que le acontecen durante su existencia, pero esta “estabilidad” que gana el individuo no es estable, tiende hacia la estabilidad más no se culmina en esta. Pues, por el carácter activo tanto del sujeto como del mundo se habla de una “estabilidad” que va más allá de la estabilidad, *metaestabilidad*. En virtud de «[...] que el ser deviene; esto es, que al resolver las tensiones e incompatibilidades que porta consigo, el ser se desfasa a sí mismo y comienza (o continúa) su proceso de individuación —relacionándose con su medio asociado—» (Heredia, 2012, p.55). Por ende, no se trata de una cuestión estática del individuo sino de una tendencia para resolver las dificultades, a seguir su vida, a interactuar con otros siempre desde su organicidad y por ello nunca llega a concretarse en estática (o sin actividad) porque eso dejaría al individuo sin posibilidades de posteriores individuaciones, ya que estarían todas las potencialidades de acción del individuo agotadas o inactivas.

2.2. Corporalidad y actividad

Como hemos dicho anteriormente, la individuación no es un proceso acabado, es decir, no tiene una terminación en ese sentido. Por ende, la individuación del sujeto —en este caso— y en relación con la afección y la emotividad, se da en el plano de un proceso activo (actividad) que entra en relación con la naturaleza activa del sujeto, con su corporalidad y también con la relación que éste tiene con los demás. Por lo que, mediante el cuerpo se posibilita una de las formas que él tiene para relacionarse con lo colectivo, y a la vez para identificarse como él mismo en momentos como la angustia.

De allí, que estar angustiado y no saber qué hacer o no tener claro qué es lo que sigue, hace que el sujeto se “detenga”, es decir, que haga una pausa en medio de esa actividad para buscar una nueva *metaestabilidad* y continuar con su vida en cuanto activa. No se puede decir que esta actividad tenga un fin —como hemos dicho— porque si lo tuviera no sería actividad

y nuestro autor es muy claro al decir que esta relación tanto de búsqueda de *metaestabilidad* como de estar en ésta, es totalmente activa.

Con relación a esto debemos tener claro que la afectividad y la emotividad siempre van a estar en el sujeto, pues, no podemos hablar solamente de un individuo aislado como un individuo de laboratorio que no se relaciona con ningún otro o que no siente. Pues, no sería sujeto ni sería individuo y sería simplemente un objeto inanimado como un robot, por ejemplo. En ese sentido, igualmente esta emoción y afectividad son rasgos que compartimos con los demás y también nos permite relacionarnos a través de la emocionalidad. De ahí que ese sentimiento de angustia —por determinadas razones—, como por ejemplo, la pérdida de alguien, ese desasosiego nos lleva también a la espiritualidad. Y aquella une a la percepción con lo afectivo-emotivo. Entonces, el sujeto podría ser capaz de reconocerse de alguna manera en ese momento de angustia, pero a la vez desconocerse por no saber qué hacer para seguir adelante o desarrollar sus potenciales.

Asimismo, este sujeto es capaz de sentirse aludido cuando se siente “perdido” y es capaz de preguntarse por el futuro o lo que pasará después. Un ejemplo de ello puede ser, cuando algo en nuestra vida no sale como lo planeamos. El autor no utiliza esta analogía, pero ahora es pertinente. Ya que, a través de ese momento en el que no sale el plan cómo lo habíamos pensado o cómo queríamos que saliera, volvemos a esa fase *preindividual* en dónde estamos aislados —de alguna manera— de los demás —e incluso de sí mismos— porque estamos “padeciendo” nuestro propio sentimiento y nuestra propia emoción. Todo ello con la finalidad de volver a encontrar nuestra estabilidad, que más bien, es *metaestabilidad*, para estar en concordancia con nosotros mismos y también con los demás.

2.3. Cuerpo

Cabe resaltar que el sujeto no es solamente una sustancia —como hemos dicho líneas atrás— porque si el sujeto fuera una sola sustancia ya tendría una finalidad, es decir, el cuerpo tiene una organicidad, la corporalidad se va a terminar en algún momento, pero no quiere decir que el sujeto sea una sustancia con una sola característica (o que se reduzca a lo orgánico), sino que también es un conjunto de multiplicidades, de relaciones y de actividades. Estas son las circunstancias activas que están dentro de la sustancia, y no solo es una porque

ya tendría una terminación, sino que el sujeto, se está “reinventando”, reactualizándose constantemente. Mejor dicho, el sujeto estaría en constantes individuaciones. En consecuencia, el sujeto no pasa por una sola individuación, por eso la relevancia de la individuación psíquica porque hay distintos niveles de individuación, pero no hay niveles superiores a los otros. Por ende, el sujeto entra en constante individuación, precisamente por este carácter de *metaestabilidad* que busca mediante la actividad a través de las individuaciones y de su vida.

Sin embargo, con esto no estamos reduciendo el problema a la simple corporalidad, ya que, la individuación está tanto en lo corporal como en lo emotivo y lo psíquico. Por eso, hasta este momento hemos traído también a colación lo afectivo-emotivo como parte constitutiva de ese individuo, y de la individuación que es capaz de realizar tanto consigo mismo como con los demás o en la relación a lo *transductivo* que lo hace conectarse consigo mismo, con los otros y, a la vez con el mundo.

No obstante, todas las funciones de los vivientes, podríamos decir, son ontogénicas, ya que se refieren a la adaptación de estos al exterior y también «porque participan en esta individuación permanente que es la vida» (ILFI, p. 262). Pues el sujeto a medida que vive va individuándose a partir de la memoria, de la imaginación, de lo psíquico que tiene carga vital. Puesto a que lo entendemos como una actividad que constituye la integración de las disparidades de elementos para darles un sentido. De allí, que podamos decir que para que el sujeto se adapte a su medio y a las condiciones, bien sean externas o internas, primero debe estar individuado, ya que la individuación es primera y no se reduce a una sola (o única) sino que brinda la oportunidad de amplitud de las posibilidades del individuo para continuar individuándose. Respecto a la ontogénesis, podemos entenderla también como «[...] la teoría de las fases del ser, anterior al conocimiento objetivo, que es una relación del ser individuado con el medio, tras la individuación» (ILFI, p.263).

Asimismo, esta ontogénesis es el estudio que Simondon quiso emprender, ya que se remite directamente al ser, y a su origen, pero a un origen que no solamente implica al aspecto biológico sino todos los aspectos y momentos (fases) tanto de desarrollo como de individuación de los seres a lo largo de su vida. Igualmente, volver al ser mismo no es casual, sino intencional. Pues para conocer al sujeto se necesita volver hacia su génesis, y las propiedades verdaderas de este están a este nivel, igualmente de los demás individuos que

poseen un dinamismo genético. Hablaríamos aquí de una operación ontogenética del individuo, así como lo señala Simondon:

Un ser no está jamás completamente individuado; para existir tiene necesidad de poder continuar individuándose, resolviendo los problemas del medio que lo rodea y que es su medio; el viviente es un ser que se perpetúa ejerciendo una acción resolutoria sobre el medio; aporta consigo inicios de resolución porque es viviente; pero cuando efectúa esas resoluciones, las efectúa en el límite de su ser y por eso continúa la individuación: esta individuación que se produce luego de la individuación inicial es individualizante para el individuo en la medida en que es resolutoria para el medio. (ILFI, p. 333)

Para entender este carácter individualizante que posee la individuación, es pertinente hacer una distinción entre esta y la individualización. Puesto a que como nos dice Jorge William Montoya «mientras que la individuación se traduce en una caracterización de los seres, en su separación en unidades independientes, la individualización, al contrario, reúne individuos que han recibido los mismos fundamentos de base» (Montoya, 2019, p.95) A saber, desde allí va descubriendo el significado de las señales que lo relacionan con los objetos exteriores y consigo mismo, a la vez que va aumentando su conocimiento del mundo y de sí mismo.

A fin de aclarar esta distinción entre individuación e individualización:

Esta relación con el medio se sitúa al nivel de la individualización cuando afecta al ser en su particularidad, a través de la propiedad de los casos familiares, de los acontecimientos acostumbrados y regulares, integrados al ritmo de la vida, no sorprendentes, integrables en los marcos previos. (Cfr. Simondon, 2015, p. 36)

En otras palabras, la individualización podemos entenderla como el distinguir o atribuir características al sujeto para distinguirlo de cualquier otra persona, y entra en relación con la individuación no solo porque acaecen en el individuo sino, también porque la personalidad de este tiene ambas reunidas, puesto a que implica un cuestionamiento de la individuación y también de la individualización. Es decir, no se trata solo de percibir marcos conceptuales sino de situarnos en relación con el otro o con el medio porque no se ocupa solo de distinguirlo a partir de un concepto sino en tanto a ser humano o medio, refiriéndose a la significación que hace que aquel sea, como ser viviente, un ser humano (Cfr. Simondon, 2015, p. 337). En palabras de Montoya:

[...] el sujeto trascendental es concebido por Simondon como el resultado de una individualización, puesto que se trata de un sujeto capaz de ponerse en cuestión a sí mismo y de resolver en su propia acción los problemas planteados por una existencia que se vuelve consciente. (Montoya, 2019, p. 94)

Efectivamente el sujeto es capaz de ponerse en cuestión a sí mismo y de resolver problemas, todo ello desde la conciencia, o mejor para Simondon, *subconciencia*⁵ sino que es capaz de situarse en relación con el mundo y a los otros mediante la individuación, *transducción*, e igualmente es consciente de sí mismo sin dejar de lado lo que lo rodea, lo que lo *informa* y *conforma* también en función de otro(s), entendiendo que ese otro también puede ser el mundo.

Podemos entender que la *transducción*:

[...] corresponde a esta existencia de relaciones que nacen cuando el ser preindividual se individualiza; expresa la individuación y permite pensarla; es pues una noción a la vez metafísica y lógica; se aplica a la ontogénesis y es la ontogénesis misma. Objetivamente, permite comprender las condiciones sistemáticas de la individuación [...]. (ILFI, p. 22)

Asimismo, la transducción es una operación vital, que va descubriendo en el individuo dimensiones para definir una problemática y manifiesta e hilas, las relaciones existentes en el ser. Puesto que permite el paso de una individuación a otra, pero también «es una individuación en progreso [...] la transducción es aparición correlativa de dimensiones o estructuras en un ser que es más que unidad y más que identidad, y que aún no se ha desfasado en relación consigo mismo» (ILFI, p. 21). Es decir, la operación transductiva es la que permite al individuo tejer relaciones entre las individuaciones, el paso de una a otra y también conservar esa realidad preindividual que aquel posee para llegar a individuaciones posteriores como la colectiva posibilitando las estructuras y dimensiones para ello.

Así pues, podemos respaldar esta idea como Lina Marcela Gil (2019) lo manifiesta: «la individuación es, en último término, un efecto que, al ser entendido, permite no sólo la comprensión del sí mismo, sino la intervención sobre las posibilidades de regulación tanto intra como interespecífica» (Gil, p. 24). No obstante, considero que esta autora nos da un punto clave, al ver la individuación como un efecto, pero en mi opinión aquella no se reduce

⁵ En mi opinión no podemos hablar de un sujeto trascendental, porque el sujeto al que hace referencia nuestro autor no es el kantiano ni se queda solo en el plano del yo.

solo a un efecto (posterior) sino que es también causa, origen, del sí mismo, estaría en medio de la relación o tránsito que tiene el sujeto en el *conformar-se* y el *entender-se*.

Igualmente, «la individuación, que es temporalidad y devenir, refiere en primer término a la constitución de objetos que son el sustrato de la vida psíquica, de una subjetividad constituyente de sentido que capta el mundo y lo transforma a medida que se transforma a sí mismo» (Gil, p. 61). Aquello se concibe de esta forma porque el sujeto está siempre inmerso en un mundo que lo rodea, —e incluso— podemos decir que no hay individuos que no interactúen con otros, no necesariamente de su misma especie, como la interacción entre algunos animales o de los humanos con estos. Además, al ser el individuo afectado, el entorno también lo es, porque es su *medio asociado*, en palabras de Gil, por lo que a medida que se afecta va afectando a este también.

2.4. Cuerpo y alma

Cuando hablamos de sujeto y de interacción con el medio (o con los otros sujetos) es inevitable no pensar en cómo logran interactuar. Una posible vía que encontramos es la emoción y la afección, pero también encontramos a la corporalidad, que de hecho está presente en el individuo desde el comienzo de su existencia, y a través de ella tiene nociones de los objetos, también mediante la sensación (sentidos) y la percepción —definidas y tratadas en el capítulo anterior—.

Podemos partir de la discusión alrededor de la corporalidad con la definición que planteó nuestro autor: «el cuerpo solo puede ser llamado carne como cadáver posible, y no en tanto viviente real. Todo dualismo *somatopsíquico* considera el cuerpo como muerto, lo que permite reducirlo a una materia» (ILFI, p. 342), de modo que el cuerpo cuando se reduce a una materialidad o sustancialidad es caracterizado como una simple materia y forma, pero esta consideración no le interesa a Simondon. De hecho, en este caso se estaría cayendo de nuevo en una reducción a la sustancialidad, al cuerpo y al individuo como sustancia, y el sujeto es algo más que la mera corporalidad que posee; es también emoción, acción, sensación y conocimiento. Es decir, el cuerpo padece por su carácter orgánico una finitud definida desde el momento en el que nace, en cuanto a una no-eternidad, por lo que si reducimos la corporalidad a una “carne” que morirá en algún momento es dejar a un lado los

demás aspectos que confluyen en un individuo. Además, si lo concebimos de esa manera, el individuo vuelve a ser un objeto aislado reducido a sus órganos o anatomía y no a las posibilidades que puede conseguir mediante este y a sus otros rasgos como el psiquismo, la sociabilidad, eticidad, etc. De allí que «se puede llamar cuerpo al conjunto de las especializaciones del viviente, a las que corresponden las esquematizaciones psíquicas» (ILFI, p. 339). Asimismo, y en concordancia con la postura que destacamos de Simondon:

el cuerpo al tiempo es órgano de la percepción, punto cero y esfera volitiva. Es a partir de éste que se espacializa el espacio: las cosas están arriba o abajo, delante o detrás, a izquierda o derecha; pero también es desde el cuerpo que hubo un antes y habrá un después. Es lo que desea y odia, el que experimenta el agrado o la repugnancia; en fin, el que se comprende sexuado con una motivación de ser y de hacer; es, al cabo, la efectuación de la potencia, de *conatus*; el que se genera y corrompe». (Vargas, 2014, p. 79)

Por ende, si reducimos al cuerpo solo a una materialidad, estamos dejando de lado la multiplicidad de posibilidades que a partir de este puede tener el individuo. Además, que una separación tan tajante entre la vida física y la psíquica no puede darse en el individuo individuado, porque aquel posee ambos niveles de individuación. Por lo tanto,

la materialización del cuerpo consiste en no ver en él más que un puro dado, resultante del poder de la especie y de las influencias del medio; el cuerpo es entonces como un elemento del medio; es el medio más próximo para el alma que se convierte en el ser mismo, como si el cuerpo rodeara el alma [...]. (ILFI, p. 342)

Se podría hablar de una bisustancialidad entre cuerpo y alma, pero de nuevo se caería en una separación tajante, y en nuestro estudio, no se da de esta manera, sino que el alma está integrada al ser mismo, al igual que el cuerpo es un elemento perteneciente al mundo y también al alma. De allí que no sea correcto hablar de una corporalidad aislada de la emotividad y de la sensación. Porque el sujeto no solo tiene un cuerpo, sino que este es animado, y a la vez posee conciencia, *subconciencia* e inconciencia, lo que conlleva a que esté en constante *formación* y actualización (actividad). En consecuencia, «[...] la conciencia es espiritualizada en la medida en que es identificada con una realidad intemporal; mientras que el cuerpo es lanzado hacia el instante, reducido al instante, la conciencia es dilatada en eternidad [...]» (ILFI, p. 343).

Asimismo, el individuo está en el presente de forma tal que es importante el instante, y a la vez, el pasado y el porvenir que este posee o podría poseer. Por lo tanto, de esta bisustancialidad llegamos de nuevo a la sensación y a la percepción. Pues, «la oposición entre la sensación y la percepción traduce también la preocupación bisustancialista: la sensación sería sensorial, es decir, somática, mientras que la percepción aportaría una actividad psíquica recubriendo e interpretando desde los sentidos» (ILFI, p. 344). Por consiguiente, de esta actividad psíquica y sensorial que acontece en el cuerpo,

[...] sería posible decir que el cuerpo juega, en relación con la conciencia, un doble papel; en relación con la conciencia que imagina el cuerpo es medio, y no realidad individuada; es decir una fuente de realidad que puede devenir simbólica en relación al presente: esta realidad se desdobra en presente y porvenir, así como en individuo y medio. (ILFI, p. 367)

Lo que haría posible que el cuerpo se relacione con el alma es a través del modo de desplegarse con la memoria, y el alma con el cuerpo mediante la imaginación, sin dejar de lado que el alma hace coincidir el pasado y futuro próximo del sujeto. Ya que, el sujeto está en el instante, en el presente, y es el alma la que está también allí, es el presente del ser, y el cuerpo es su futuro y pasado. Sucede que el alma en este caso tiene una temporalidad, que es dada por el devenir, que la saca de su intemporalidad como alma pura (Cfr. ILFI, p.367). El alma no solamente estaría en relación al presente y con el cuerpo del sujeto sino que el alma es concebida como aquello que perpetúa la operación primera de individuación que el ser expresa e integra, en tanto resulta de esta, pero la contiene y la prolonga, «[...] de modo que la génesis que lo ha hecho ser sea verdaderamente su génesis, el alma interviene como prolongación de esa unidad; hace referencia a aquello que no ha sido incorporado en el individuo por la individuación» [...] (ILFI, p. 370). Es decir, el alma no solo está contenida en el cuerpo, sino que a la vez posibilita las posteriores individuaciones que tendrá el sujeto a lo largo de su vida. Podría decirse que el alma misma tiene dentro de sí una energía potencial que anima al individuo y que le otorga las posibilidades de ejercerla de múltiples formas en un tiempo y espacio determinado en el que se encuentra el sujeto. Adicionalmente está ligada con el presente del individuo, no solo en temporalidad sino con la presencia de este, el estar *presente* en un medio, mundo o sociedad. A saber, «el presente del ser es por ende individuo y a la vez medio; es individuo con relación al porvenir y medio en relación al

pasado; el alma, esencia activa del presente, es a la vez individuo y medio» (ILFI, p. 369). Pero no puede ser individuo y medio sin esta existencia del ser psicosomático, que es a la vez somático (corporal), psíquico y social, ligado a la exterioridad.

De la misma forma, podemos decir que «el presente es operación de individuación. El presente no es una forma permanente; resulta forma en la operación, encuentra forma en la individuación» (ILFI, p. 369). El carácter temporal de los seres es el aspecto que a la vez les otorga la posibilidad de continua individuación, y también de relacionarse con los demás. Pues, no solo se relaciona con el medio como concepto abstracto sino en la practicidad, en el contacto que tiene con este y en dónde se ubica, un espacio específico. También en una historicidad que es distinta al pasado próximo y posibilita actualizaciones para llegar a futuros próximos. Por lo tanto, existe una relación entre el presente con el pasado y a la vez con el porvenir, dado a que el alma no posee un carácter sustancial porque no contiene en sí toda su realidad, ni tampoco todo el presente para ser presente tanto del porvenir del pasado. Y desde ahí, «el presente nace del cuerpo y retorna a él mientras que el alma “cristaliza al cuerpo” [...]» (ILFI, p. 369). A saber, el presente es una operación que además es de individuación en la que «el individuo concentra en la dinámica que lo hizo nacer, y perpetúa la operación primera bajo forma de individuación continuada; *vivir es perpetuar un permanente nacimiento relativo*» (ILFI, p. 369).

De modo tal que —incluso— podemos hablar de que existe una *metaestabilidad* en el ámbito fisiológico, específicamente en el sistema nervioso de los seres, ya que tiene una correspondencia con una energía potencial, y al tener esta cualidad, no es estática y permite que el individuo despliegue o tenga múltiples posibilidades de acción. Adicionalmente, no solo el sujeto tiene energía potencial, el medio mismo posee una energía potencial que le permite ser afectado y afectar al (o los) individuos que entran en contacto con él; de esta forma no solo el sujeto permea al medio, sino que es permeado por él, de múltiples maneras tanto por el carácter *metaestable* de la individuación como por la energía potencial que tienen ambos extremos de la relación y su medio, a saber, la tríada *Mundo — Relación — Sujeto*.

2.5. Individuo y experiencia

No basta solo con decir que el individuo es un organismo, sino que es de esta manera por una individuación inicial que le permite organizarse a través del tiempo, y en el que se puede perpetuar el nacimiento que es la vida. Puesto a que vivir es tener una presencialidad, es estar *presente* con uno mismo y con lo que no está contenido dentro de sí; es justo decir aquí que el alma no sería perteneciente al organismo, sino que es su presencia misma. Cuando el sujeto entra en relación con otros, bien sea el medio o con otro ser, aquel no solamente está dado o definido por la interacción, sino que desde la multiplicidad de señales y de actualizaciones que puede tener cada uno a medida que se individúa, esta interacción estará mediada por una familiaridad o reconocimiento del otro como cercano o desconocido. Por consiguiente, «Simondon dirá que, si los seres pueden ser conocidos por el sujeto, es porque a través de la individuación del conocimiento de éste, la individuación de los seres puede ser captada» (Montoya, 2019, p. 99).

Puesto a que luego de la percepción y la sensación, la emotividad va a estar a lo largo de la interacción porque el sujeto no solo capta la corporalidad o materialidad existencial del otro, sino que le añade características de familiaridad, como cuando vemos a alguien que conocemos en la calle, o reconocemos nuestra casa dentro de todas las demás, o sabemos que aquel es nuestro amigo o que lo hemos visto antes. Las percepciones y emociones no están aisladas, es decir, no se da una percepción de toda la totalidad de datos porque física y biológicamente sería imposible incluso para los animales o seres con el cerebro más desarrollado. Sino que podemos recurrir al recuerdo, específicamente a la memoria y/o individualización que hemos realizado al individuarnos al captar y conocer —reconocer— las señales que pueden diferenciar a un desconocido de alguien que conocemos, o a nuestro vecino.

Por otro lado, el individuo que es individuado a la vez es individuante tanto para los otros sujetos como del medio, porque cuando se le presenta algún problema o dificultad halla la manera de solucionarlo individuándose, y al hacerlo también permea a los que lo rodean o al medio. Dado a que ningún sujeto podría estar aislado como en un laboratorio a lo largo de toda su vida. Además, desde el nacimiento muchos —por no decir la mayoría— dependen de otro ser que los cuide, los alimente, e incluso que les de existencia o los traiga al mundo. No quiere decir que toda la responsabilidad o la vida de los sujetos deba estar mediada o

influenciada por las decisiones de los demás, sino que tanto sus decisiones como las de estos crean posibilidades o potenciales de interacción que a la vez conducen a una individuación de siguiente nivel como la colectiva o la transductiva, porque desde el nacimiento se está inmerso en una cultura, tradición, territorio. Lo que también conllevaría a utilizar su energía potencial de múltiples formas para solucionar problemas o conocer las señales y significaciones para poder relacionarse con el mundo en el que se encuentra y lo rodea al igual que con los individuos más cercanos o próximos.

Asimismo, el individuo encuentra en el transcurso de su vida, y mediante las individuaciones sucesivas que ha tenido, que posee una mirada frente al mundo que le ha permitido vivir de determinada manera y no de otra. De hecho,

además de un medio exterior, los seres vivientes poseen un medio interior, de modo tal que su existencia aparece como la perpetua puesta en relación del medio interior y del medio exterior, relación que el individuo efectúa en el interior de sí mismo. (Combes, 2017, p. 54)

No obstante, esa relación que el individuo realiza en el interior de sí mismo no deja de lado al medio exterior, porque no es una abstracción del ser que se aleja de todo lo que lo rodea para estar consigo mismo, sino que efectúa la relación con los otros, el medio exterior, sin alejarse de sí mismo y a la vez sin olvidar al medio que interactúa con él. Es decir, un individuo que siente frío, no solamente lo siente a través de sus sentidos, sino que se ve enfrentado a hacer algo para cambiar o modificar la situación, de esta manera podría volver a su *metaestabilidad*. Además, este gesto o cambio para adaptarse al medio no solo lo individúa sino al medio también, —incluso— a los demás individuos que interactúan con él o a la comunidad a la que pertenece. Es precisamente esta acción de refugiarse del frío o de la lluvia, lo que lo lleva a buscar en el medio o en otro sujeto la forma de superar el obstáculo que se le ha presentado, por eso, por ejemplo, o se acerca a una fogata, o se une a su manada o corta hojas para cubrirse. Aquella acción no es meramente instintiva, tiene una carga de instinto sí, pero no es por azar, el individuo al solucionar aquel problema que se le presenta no solo logra sortearlo, sino que su acción tiene una repercusión en el medio en el que se encuentra. Con el objetivo de explicar aquello mejor, la actividad que el ser realiza para sortear el problema que le acaece, podemos llamarla *invención*.

Encontramos en *Imaginación e invención* (2013), que «la invención es la aparición de la compatibilidad extrínseca entre el medio y el organismo y de la compatibilidad intrínseca entre los subconjuntos de la acción (pág. 158)». Esta definición nos da un panorama de lo que sería la relación del sujeto (organismo) y el medio, además de definir a ambos como conjuntos, es decir, como dos partes activas que confluyen en un mismo sistema, comunicándose mediante la acción y subconjuntos. Sin embargo, ¿por qué está relación es activa? Ello es porque «entre los vivientes y el ambiente hay una causalidad recíproca: hay continuo intercambio o comunicación de información que forma el modo de percibir de los vivientes (IEI, p. 158)», y es precisamente la información lo que le permite al sujeto situarse en el mundo. No obstante, el tema de la comunicación o intercambio de información no es el tema central de este estudio, lo es el sujeto mismo, de ahí la mención de la comunicación, pero no la explicitaremos demasiado para no desviar la discusión.

2.6. Individuo psicológico

Retomando al individuo psíquico también podemos diferenciar la experiencia, dado a que «la individuación psíquica no corre en el paralelo con la experiencia humana de mundo, es la experiencia humana de mundo misma» (Gil, 2019, p. 20). Por ende, la experiencia también está contenida, o, mejor dicho, el sujeto la contiene a través de la individuación psíquica, que no solo le permite tener una corporalidad —que ya definimos— con relación a la emotividad y a la percepción. Y al tener la experiencia humana misma, aquel posee la energía potencial que le permitiría individuarse tanto de manera transductiva como colectiva al estar inmerso en una sociedad, comunidad, tribu o mundo. Dado a que «[...] la problemática afectivo-emotiva no se resuelve a nivel del individuo psíquico, lo psíquico es una “vía transitoria” hacia lo colectivo —donde se consumará y resolverá su problemática—» (Heredia, 2012, p. 67).

Asimismo, cuando hablamos de que el sujeto logra adecuarse al medio inevitablemente estamos hablando de *adaptación*. Y en este sentido, «el hecho mismo de que el mundo humano existe prueba la existencia de esta norma de la adaptación; [es] una norma porque es una ley que traduce la existencia de un mundo del cual ella es condición de posibilidad» (ILFI, p. 349). Y esta condición no solo le permite al sujeto una única dirección en la que

puede adecuarse, sino que abre el campo para que otras posibilidades puedan llevarse a cabo tanto para el medio como para el sujeto mismo (en el desarrollo de su vida). Es decir, la adaptación lleva consigo una de las posibilidades fundamentales de la existencia del individuo y de su lugar en el mundo, pero no se reduce solo a esta. Se trata de que el individuo no solo resuelve los problemas para estar “mejor” sino que dentro del problema mismo está contenido, está implicado mediante una mutua inherencia (Cfr. Simondon, p. 353). A saber, la relación que tiene el sujeto con el problema lo implica en su existencia misma, dado a que «el individuo existe en la medida en que plantea y resuelve un problema, pero el problema sólo existe en la medida en que obliga al individuo a reconocer su carácter limitado temporal y espacialmente» (ILFI, p. 353).

El individuo al enfrentarse a su temporalidad y espacialidad reconoce que su existencia es finita, que está situado en un momento y lugar en el que posee múltiples posibilidades y que estas pueden ir cambiando a medida que el tiempo va siguiendo su curso. A partir de allí, esta implicación que tiene con el medio y con su realidad biológica, permite que pueda interrogar o reflexionar en una conciencia de sí mismo. Hasta este momento podemos llamarle *realidad psicológica*. De allí se plantea que el mundo no es meramente psicológico o biológico o físico, sino que es el sujeto mismo quién pasa por estos, y este camino que puede realizar entre uno u otro modo, es el *universo transindividual*.

No obstante, este mundo psicológico logra su existencia en el momento en que encuentra esquemas mentales y conductas provenientes de una cultura que le permiten plantear problemas particulares en un ámbito de normatividad elaborada o ya dada por otros individuos. Pero a diferencia de la cultura, la realidad *transindividual* lleva al sujeto a cuestionarse por sí mismo, es decir, posibilita la reflexión. En consecuencia, para que esta reflexión suceda es porque surge de la relación que tiene la exterioridad con la interioridad de la que parte la *transindividualidad*. Y es esta (la relación) la que trasciende más allá de la finitud del individuo y de la exterioridad como sus bienes, posesiones, etc. Pues, «[...]en el marco de una ontología relacional, la muerte biológica implica una interrupción de la relación del individuo consigo mismo, pero no una desaparición de su relación con el medio y con el mundo [...]» (Heredía, 2012, p. 72). Es decir, ejemplos de ello podemos encontrarlos en los héroes, los sabios, los santos, por ejemplo, el héroe logra inmortalizarse a través de su dolorosa muerte por defender a su patria al igual que el mártir al defender sus ideales o por

algo más allá de sí mismo y logran trascender a través del tiempo, de las culturas, etc., como Sócrates. En concordancia con lo anterior, podemos decir siguiendo a Heredia que:

Lo transindividual se acerca a la idea de pueblo y de espiritualidad colectiva, busca captar una realidad que posee su propia *metaestabilidad*, que tiene consistencia relacional y que es histórica, pero que excluye cualquier derivación hacia el esencialismo o el relativismo cultural. (Heredia, 2012, p. 69)

Asimismo, esta espiritualidad colectiva no solo se agotaría en la interacción entre seres, sino que esta relación se da entre individuos psíquicos, y no habría individuo psicológico y vital si asume el tiempo como límite. Es decir, al tiempo podemos concebirlo como un movimiento del ser en el que el presente es psíquico y el porvenir se presenta como un terreno de posibilidades, a diferencia del pasado que ya está definido; el presente es una *transducción* que entrelaza al porvenir con puntos en el pasado, es lo que le abre las posibilidades al sujeto de desdoblarse —si es válido el término— desde el presente mismo hacia entrelazar su presente con su pasado y a la vez proyectarse en un futuro próximo.

Finalmente, cabe preguntarse si el estudio que estamos emprendiendo se reduce solamente a lo afectivo—emotivo, a la corporalidad y a la percepción: ¿será que solamente se reduce la individuación del sujeto y la constitución de este a lo afectivo-emotivo y al individuo psíquico? ¿O hay algo más que entra en relación aquí? ¿se podría hablar de una relación también con el lenguaje, o con la memoria? ¿Qué sucede con el sujeto al entrar en colectividad? Esas preguntas son las que guiarán el siguiente paso de este camino que hemos emprendido para hallar la respuesta acerca de la constitución del sujeto.

Tercer Capítulo

Génesis de lo transindividual

3.1. Lo preindividual y lo transindividual

En los dos capítulos anteriores el concepto *transindividual* ha aparecido, pero más allá de una explicación hemos evidenciado las relaciones que a partir de este tiene el individuo con otros sujetos y consigo mismo desde la carga *preindividual* que cada uno posee. No obstante, este concepto no solo es importante porque posibilita la relación entre los seres, sino que también, mediante lo *transindividual*, los sujetos buscan respuestas ante la carga *preindividual* (energía potencial) que queda en ellos. Es decir, el sujeto no es solamente un individuo individuado, no se reduce solo a este, su ser va más allá, y posterior a cada individuación hay una carga potencial de energía que no se agota y que a la vez posibilita una segunda individuación. De allí, que el sujeto como individuo es solamente una de las fases del ser, un modo del ser, más no su único camino. En palabras de Simondon:

lo preindividual, que es a la vez medio e individuo, pasa al individuo: es a partir de eso, de este no-resuelto, de esta carga de realidad aún no individuada, que el hombre busca a su semejante para hacer un grupo en el cual encontrará la presencia a través de una segunda individuación. (ILFI, p. 385)

A esta búsqueda de los sujetos, podemos llamarla *transindividual*, modo transindividual del ser, que corresponde a uno de los tres modos del ser: preindividual, transindividual y colectivo. Es por esta razón, que es muy relevante en nuestra investigación centrarnos en estos modos o fases del ser, porque la individuación colectiva, de lo colectivo, es una fase del sujeto que nos da muchas herramientas para comprender que el ser no es un individuo individuado con todas sus fases agotadas o terminadas, sino que todavía conserva energía potencial *preindividual* que posibilita las individuaciones posteriores. Además, es de esta manera porque el sujeto no tiene dentro de sí las posibilidades de su total realización, dado a que

el individuo [...] [es] también reserva de ser aún no polarizada, disponible, en espera. Lo transindividual existe con el individuo, pero no es individuo individuado [...] por eso lo transindividual es contacto posible más allá de los límites del individuo. (ILFI, p. 386)

Mediante la carga *preindividual* que no se agota en la primera individuación, el individuo es sobrepasado de sí mismo, no haya una resolución o una completitud de sus potenciales. Puesto a que «[...] el individuo ha conservado consigo lo preindividual, y todos los individuos en conjunto poseen de este modo una suerte de fondo no estructurado a partir del cual puede producirse una nueva individuación» (ILFI, p. 386). En consecuencia, los individuos se acercan unos a otros, formando de esta manera un grupo, y a partir de este se crea una individuación superior que une ese potencial preindividual —de cada uno— hacia lo *transindividual* que los lleva a considerar una presencia superior a la del individuo solo. En este sentido, consideramos pertinente la interpretación de Combes (2017):

[...] esta parte de ser atraviesa el individuo —razón por la cual se la llama trans-individual—, de modo que se la vuelve a encontrar tanto “del lado” del sujeto como del lado de lo colectivo, como lo que constituye la realidad de la individualidad psicológica tanto como la de lo colectivo. (pp. 79-80)

A saber, estos individuos que se agrupan o interactúan con otros a través de tensiones, emociones, todo ello teniendo como fondo la creencia. Porque «la creencia es esa individuación colectiva en tanto existe; es presencia para los otros individuos del grupo, superposición de personalidades; es bajo forma de creencia que las personalidades se superponen; [...]» (ILFI, p. 380).

Asimismo, no se trata de que un sujeto se una a otro porque tiene afinidad con aquel o una personalidad similar, sino que, cuando los individuos se agrupan, sus personalidades se superponen tendiendo a una personalidad mayor, colectiva, en la que se supone una creencia sobre las personalidades, individualidad de cada uno en relación con el sujeto mismo. De esta manera,

[...] conozco al otro como si estuviera en su lugar, a sabiendas de que nunca estoy en su lugar; el otro es para mí la representación que tengo de él. Esto es, el otro se individúa como una representación que tengo del otro en el mundo y de mí mismo. (Gil, 2019, p. 29)

Por otro lado, el sujeto se percata de esa creencia cuando se pregunta acerca de su permanencia en el grupo, es ahí en donde ese “suponer” sobre las personalidades de los otros se pone en tensión, y puede alterar o disociar al grupo. Porque indaga sobre su permanencia o la defensa del grupo estando —o no— en desacuerdo con otros o consigo mismo.

De allí que este grupo no sea solamente un acercamiento entre individuos, sino que también es una conducta, una relación del sujeto (de sujetos) con el medio; estos grupos sociales pueden ser tanto de exterioridad como de interioridad,

[...] es decir que hay allí dos individuaciones, la primera de las cuales (la individuación psíquica) es llamada “interior” al individuo y la segunda “exterior” [colectiva] [...] En la medida en que las dos individuaciones son designadas ante todo [...] como “la relación interior y exterior del individuo”, lo transindividual aparece como lo que unifica no el individuo y la sociedad, sino una relación interior al individuo (la que define el psiquismo) y una relación exterior (la que define lo colectivo): la unidad transindividual de las dos relaciones es pues una relación de relaciones. (Combes, 2017, p. 58)

Por tal razón, para que el grupo esté en individuación colectiva, ambos aspectos son importantes, es decir, la exterioridad de aquel, pero también la interioridad, no solo individual sino «la acción transindividual [...] que hace que los individuos existan juntos como elementos de un sistema que comporta potenciales y *metaestabilidad*, expectativa y tensión, luego descubrimiento de una estructura y de una organización funcional [...]» (ILFI, p. 385). Puesto a que lo transindividual no ubica a los individuos, sino que hace que estos coincidan, posibilitando la comunicación mediante significaciones, son las relaciones de información.

Por otro lado, en el individuo también hay una carga de energía potencial a la que podemos llamar naturaleza, que está ligada tanto a aquel como al medio. Este potencial, tampoco ha sido agotado en la primera individuación, podríamos decir en la vida que es la primera individuación. De allí que el sujeto no solo sea individuo, sino que sea también naturaleza, posee esta,

[...] es a la vez las dos fases del ser; tiende a descubrir la significación de esas dos fases del ser resolviéndolas en la significación transindividual de lo colectivo [...] pues la disparidad que existe entre las dos fases del ser contenidas en el sujeto está envuelta de significación por la constitución de lo transindividual. (ILFI, p. 390)

Por consiguiente, la importancia de lo transindividual también radica en que, desde aquella, ambas fases del ser, individuo y naturaleza pueden adquirir una resolución mediante la significación en lo colectivo. Por eso, lo colectivo

[...] es una individuación de las naturalezas ligadas a los seres individuados. [...] El ser individuado no puede cumplir completamente solo esta operación de individuación; es preciso que se cree una presencia con algún ser distinto de él para

que la individuación, principio y medio de la significación, pueda aparecer. (ILFI, p. 389)

Por ende, esta individuación no se da en los sujetos aislados, sino que es la individuación colectiva, es decir, del sujeto consigo mismo, y también del sujeto con otros que no son él. De esta manera se posibilita, a través de la individuación, una dimensión superior a la del individuo solo y que contiene múltiples significaciones posibles. Porque,

[...] lo que da consistencia a la vida psíquica individual no se encuentra ni en el individuo ni fuera de él, sino en aquello que, acompañándolo, lo sobrepasa, parte de realidad preindividual que no puede resolverse en él [...] lo que da consistencia a la relación con uno mismo, lo que da consistencia a la dimensión psicológica del individuo, es lo que en él lo sobrepasa, el desvío hacia lo colectivo; lo que hay de real en lo psicológico es transindividual. (Combes, 2017, p. 77)

Gracias a esta individuación que acontece entre los sujetos, podemos comprender la importancia que tiene tanto la individuación de lo colectivo como lo *transindividual*. Un ejemplo de ello son las emociones, que cada uno tiene consigo antes, durante y después de esta individuación de nivel amplificante. Aquí, la emoción expresa en el ser la carga preindividual que prevalece en lo colectivo mientras esta se va estructurando, remitiendo tanto a la exterioridad como a la interioridad, pero es del sujeto más no del individuo. Pues, esta interacción remite a la carga de naturaleza y a las estructuras del ser que no se han agotado al estar individuado, y ello permite el descubrimiento de lo colectivo porque «[...] pone en entredicho al ser en tanto individual, dado que es poder de suscitar una individuación de lo colectivo que recubrirá y ligará al ser individuado» (ILFI, p. 400).

Además, a través de la emoción, el individuo se comunica y también «[...] se adapta con relación a ella, no para luchar en su contra, como se dice generalmente, sino a fin de existir con la emoción; existe correlación entre el individuo y la carga de naturaleza preindividual en la emoción» (ILFI, p. 401). Por ende, mediante la emoción el sujeto se adapta porque esta es potencial y en la medida en que descubre significación va estructurándose en la individuación de lo colectivo; la emoción se completa, se dota de más sentido en esta; antes o después de este momento no se puede descubrir la auténtica y completa emoción. Es por eso que

La latencia emotiva, inadecuación del sujeto consigo mismo, incompatibilidad entre su carga de naturaleza y su realidad individuada, señala al sujeto que él es más que ser individuado, y que contiene en sí mismo energía para una individuación posterior; pero esta individuación posterior no puede hacerse en el ser del sujeto;

solo puede hacerse a través de ese ser del sujeto y a través de otros seres como colectivo transindividual. (ILFI, p. 401)

Por esta razón, la emoción va más allá del individuo porque no se agotan todos los potenciales de esta en la individuación del sujeto. Dado a que todavía conserva las cargas de naturaleza y de energía potencial preindividual para llevar a cabo una próxima individuación en el seno de lo colectivo y con otros seres a partir de lo *transindividual*. Más aún, la emoción encierra en el individuo individuado las posibilidades para participar de individuaciones posteriores que incluyen la carga de realidad preindividual que posee el sujeto, dado a que «[...] naciendo de lo preindividual, la emoción parece poder ser captada antes de la individuación bajo forma de una perturbación invasiva en el individuo, y luego de la individuación, bajo forma de una significación definida funcionalmente al nivel de lo colectivo» (ILFI, p. 402).

3.2. La significación colectiva

En primer lugar, debemos partir del hecho de que toda significación inicia con la recepción de información, es decir,

recibir una información es de hecho, para el sujeto, operar por sí mismo una individuación que crea la relación colectiva con el ser del que proviene la señal. Descubrir la significación del mensaje que proviene de un ser o de varios seres es formar con ellos lo colectivo, es individuarse con ellos a través de la individuación de grupo [...] la significación no es del ser, sino que ocurre entre los seres, o más bien a través de los seres: es transindividual. (ILFI, p. 390)

Igualmente, la información no solo es importante para la transmisión de mensajes y/o señales, sino que

en este sentido, en la conclusión de su tesis doctoral principal, Simondon afirma que la individuación aparece “como modificación del ser a partir del cual enriquece su problemática: es aparición de la información en el interior del sistema del ser”, y “la información es lo que desborda de una individuación sobre otra, y de lo preindividual sobre lo individuado. (Heredia, 2017, p. 346)

De allí, que la significación surja mediante la individuación, pero no de una individuación del sujeto consigo mismo, sino del sujeto con relación a —con— otros seres. Se trata de una individuación colectiva. Además, que esta surgiría como la posibilidad de comunicación entre los seres, no solo en cuanto a señales sino a la carga de información que pueden transmitirse unos a otros y posibilitar la sociedad, la cultura, etc. De modo tal

que, debemos explicar un concepto central: el lenguaje. Se podría plantear una pregunta: ¿el lenguaje daría la posibilidad de que el sujeto acceda a la significación? ¡No! Para Simondon, las significaciones son las que sostienen al lenguaje y a la vez le dan existencia. El lenguaje no crea la significación, sino que dirige una información entre los sujetos y es la herramienta que les permite expresarse, transporta la información más no crea las significaciones porque estas son relacionales, transindividuales, colectivas y no se encuentran solo en la expresión y en el sujeto.

En consecuencia,

lo colectivo es la significación obtenida por superposición en un sistema único de seres que son dispares uno por uno: es un encuentro de formas dinámicas edificado en sistema, una significación realizada, consumada, que exige pasaje a un nivel superior, advenimiento de lo colectivo como sistema unificado de seres recíprocos. (ILFI, p. 396)

Lo colectivo sería la manera en la que los individuos logran “equilibrar” sus individualidades, sus emociones, etc., en un sistema de orden superior en el que no solo se encuentran muchos individuos juntos cada uno con sus distinciones, sino que poseen algún aspecto de reciprocidad que permite el advenimiento de lo colectivo. ¿Por qué volver la mirada hacia la significación? A saber, porque no hay significación solo por estar unidos sino porque:

el proceso de individuación colectiva implica una verdadera individuación: reúne las cargas de naturaleza preindividual que portan intensamente los sujetos y las estructura en un sistema metaestable de orden superior. Los individuos psíquicos pueden resolver su problemática porque son parte de grupos de interioridad fundados en la dimensión afectivo-emotiva, dichos grupos le garantizan una estabilidad afectiva a través de la participación y los convierten en verdaderos individuos de grupo que portan valores. (Heredia, 2012, p. 71)

No obstante, «con el surgimiento del lenguaje se da un proceso de complejización de la consciencia, hacia la autoconsciencia: un sujeto psíquico no solo se percata de sí mismo y del entorno, sino que orienta su opción a fines desde una intencionalidad (teleología) [...]» (Gil, 2019, p. 24). Esto es, que el sujeto no solamente tiene el lenguaje como instrumento de expresión, sino que este también le da la posibilidad de un desdoblamiento hacia su autoconsciencia, pero esta no es solo consciencia del sujeto con él mismo

(aislado), sino sobre sí mismo en relación con otros y al mundo: hablamos de subconciencia⁶.

Por otra parte, una de las significaciones más importantes que tiene el sujeto es la presencia. A saber, está es una de las razones fundamentales por las que quisimos volver la mirada hacia la significación, porque esta presencia, «[...] es significación en relación con el pasado y con el porvenir, significación mutua del pasado y del porvenir a través de la operación transductora. [...] para el ser consiste en existir como individuo y como medio de una manera unitaria [...]» (ILFI, p. 369). Pues, esta presencia del sujeto hace referencia, de nuevo, tanto a la energía potencial preindividual como a la naturaleza que se mantiene como posible en el ser, o sea, no se ha agotado en la individuación. De allí la importancia de volver la mirada hacia la significación, porque no se trata de que el ser exista como una unidad cerrada con el medio, sino que coexisten, interactúan en una misma temporalidad y espacialidad, y también significación, pero no en cuanto a materia o forma. Sino a partir de su existencia, porque «vivir es tener una presencia, estar *presente* en relación consigo mismo y en relación con lo que está fuera de uno» (ILFI, p. 370).

3.2.1. Memoria e información

Por otra parte, el sujeto no solo tiene significación y lenguaje —posibilitado por aquella—, también posee una memoria que está ligada a este, a su relación con los otros individuos y también a su carga preindividual, tanto del presente como del porvenir y del pasado en el sujeto. En palabras del autor,

La memoria es la unidad del ser como totalidad, es decir como sistema que incorpora ese desdoblamiento y resiste en él, de modo que ese desdoblamiento puede ser retomado, reasumido por el ser. Acordarse es reencontrarse. Pero aquello que reencuentra no es homogéneo a lo que es reencontrado; aquello que reencuentra es como el individuo, y lo que es encontrado es como el medio. La unidad del ser que recuerda es la unidad del encuentro de los símbolos. (ILFI, p. 364)

Es decir, que el ser no solamente se reencuentra al recordar sino, también, a que el ser que recuerda es mucho más que individuo, va más allá del yo, porque sigue siendo individuo, pero con una carga adicional, es sujeto. Este es uno de los factores que

⁶ Esta hace referencia a la capa que se encuentra en el límite entre la conciencia y el inconsciente, y «[...] que es esencialmente afectividad y emotividad. Esta capa relacional constituye el centro de la individualidad. Son sus modificaciones las modificaciones del individuo [...]» (ILFI, p. 312).

diferencia a la memoria de la imaginación, porque en la primera el principio de este encuentro está en el símbolo del yo, mientras que para la segunda lo está entre el yo y el símbolo del yo (dinamicidad del yo). A saber, en la memoria el símbolo que es complementario al yo es el individuo y el yo es el medio, mientras que en la imaginación lo que es el yo es individuo y el símbolo del yo es el medio.

Por su parte, este recordar no es solo de información, dado a que allí también ocurre un desfase que a la vez lo que posibilita la significación —de la que hablamos líneas atrás— y a la realidad colectiva. Porque como información el ser sujeto puede sobrevivirse en lo colectivo, pues, participa de la individuación colectiva e infunde algo más allá de su individualidad en una realidad más metaestable que él. Así, esto que desfasa también al sujeto como potencialidades de la naturaleza asociada posibilitan el contacto con el ser, y aquel es la información (Cfr. Simondon, p. 397).

Asimismo, la memoria y la imaginación son medios por los que el individuo continúa la individuación psíquica. La primera es la que crea el pasado para el ser y la segunda crea el porvenir. Por consiguiente,

en relación con ese presente que es psíquico, el porvenir es como un inmenso campo posible, un medio de virtualidades asociadas al presente por una relación simbólica: por el contrario, el pasado en relación con ese mismo presente es un conjunto de puntos individualizados, localizados, definidos. El presente es transducción entre el campo del porvenir y los puntos en red del pasado [...]. (ILFI, p. 368)

Podemos plantear como hipótesis personal, que *este presente para el individuo está ligado a su presencia como ser en el mundo*, ya que puede existir como individuo y también como mundo. Y esto solo es posible a través de la individuación permanente que es equiparable a la individuación primera, y de esta forma el individuo es capaz de perpetuar esta operación primera como individuación continuada, es decir, en posteriores individuaciones porque «*vivir es perpetuar un permanente nacimiento relativo*» (ILFI, p. 369).

Además, este presente no solo hace referencia al existir en ese justo momento por parte del sujeto, sino también a su temporalidad, es decir a estar *en* el presente, en el momento, ser presencia en un contexto, una realidad y momento específico. También, el sujeto es individuo en el porvenir y medio en el pasado, dado a que a través de este se recuerda y pasa a ser medio, mientras que en el porvenir el individuo es quien se ubica con relación a este desde el presente como agente de las posibilidades que llegue a ejercer en dicho

momento; de allí que en el momento presente, el ser sea tanto individuo como medio porque se ubica en el centro y puede desplegarse en dirección a ambos, ser agente (individuo) y/o medio.

3.2.2. Comunicación e invención

Ahora, luego de este tránsito podemos poner en consideración la comunicación, dado a que la hemos mencionado anteriormente pero no hemos ahondado en esta, e incluso, mediante la significación y la información. Adicionalmente, aquella es relevante porque tiene gran incidencia entre la relación de los organismos y el ambiente en el que se encuentran, sin dejar de lado al ámbito social. También, a propósito de la intención con la que los sujetos son movidos con miras a la solución de un problema o dificultad, aquella no es una relación meramente instintiva, sino que tiene consigo el ámbito tanto psíquico y relacional de los individuos, una racionalidad, que no es mediada o determinada por una moral, sino es una cooperación colectiva frente a un problema.

Por ende, a modo de ejemplo, hay varios sujetos en un camino, pero aquel está cerrado por una roca que les impide el paso. La base de la solución del problema o dificultad es la comunicación entre el resultado (el camino abierto por y para todos) y el del acontecimiento–problema (una barrera que impedía el paso de cada uno) que fue modificado; de allí que aquello es un resultado colectivo (y ya no individual), y el logro conseguido en conjunto tiene una incidencia mayor al resultado que habría tenido un solo individuo, pues al lograr solucionar el problema se abre el camino para cada uno pero también para el grupo (Cf. Simondon, 2015, p. 159).

Por otro lado, la comunicación está estrechamente ligada a la invención, y especialmente en cuanto a la creación de signos y formalización, pues, esta definición simbólica no es ajena a la representación, pero no se reduce solo a esta —tampoco la representación— sino que, desde esa *formalización* mediante operadores, modelos operatorios, buscamos la comunicación de todos los saberes o la conexión entre estos, para encontrar puntos de comunicación/compatibilidad entre regímenes, entre un ambiente y otro. Ya que, los sistemas simbólicos, son ámbitos de compatibilidad. Por ende, la invención trasciende, pues, «[...] es el descubrimiento de mediación entre esos dos órdenes, mediación gracias a la cual el sistema de acción del sujeto puede lograr asidero sobre la producción del resultado mediante la acción ordenada» (IEI, p. 161).

Sin embargo, en cuanto a la creación de objetos no solo para el individuo, sino para otros, como los objetos técnicos, hablamos, precisamente, de *invención*, y esta

permite el progreso, que es un tejido de invenciones que toman apoyo unas sobre otras, las más recientes englobando las precedentes [...] estos efectos de causalidad acumulativa solo reaparecen luego, de manera clara y decisiva, con la especie humana y bajo forma de objetos creados que tienen un sentido para una cultura. (ILFI, p. 184)

Es decir, aquel objeto, producto de la creación, puede existir y tener un sentido independiente del sujeto que lo produjo, y es más evidente para nuestras civilizaciones, en el dominio de las técnicas y en el de las artes (Cfr. Simondon, p. 178). Aunque, —pareciese— que hablamos de una existencia aparte, en el sentido en el que el objeto es autómatas o es capaz de seguir desarrollándose, pero no, hablamos, más bien, de una existencia material sin necesidad del sujeto que la crea pero que tiene potencialidades para que otro pueda usarlo o modificarlo según su utilidad o según las circunstancias. Por esto, cuando construimos un objeto modificamos al ambiente, lo adaptamos, y se genera un objeto para todos (para el sujeto, pero también para otros), para todo tipo de sujetos y grupos, pues, estas invenciones pueden actualizarse y modificarse de diversas maneras.

Con base a lo anterior, el objeto no solo es el resultado de una solución a un problema, no se agota allí, tiene mayores potencialidades e incluso algunas para las que no fue pensado en un comienzo, como el cobre para tuberías que también puede ser usado para la creación de cables como en los teléfonos, su finalidad era distinta, pero ahora tiene otra funcionalidad que va más acorde a las necesidades y avance de la sociedad en la que se encuentra, por eso, la solución del problema no es el fin del objeto creado, es una de sus posibilidades, su inicio.

A propósito de ello, estos objetos no solo son materiales, también son teóricos, pues, son creaciones que buscan nuevas compatibilidades —e incluso— tienen una tendencia a la universalidad, como las leyes, por eso,

Las revoluciones también, y gran parte del pensamiento político teórico se despliega inventando en cada etapa un sistema de compatibilidad nuevo, creador de normas y de una sistemática completa de las relaciones entre los individuos y entre los grupos; [...] cada nueva extensión del campo de la acción humana está marcada por una invención que autoriza una sistemática de compatibilidad que engloba dicho campo [...]. (IEI, p. 179)

Así, mencionar todo ello no es en vano a nuestra pregunta sobre la constitución del sujeto, al contrario, la invención tanto de signos, normas, como de objetos técnicos, relacionan constantemente al sujeto con el medio, pero no solo con este sino con los demás, pues, el sujeto es social, tiende a la colectividad gracias a lo transindividual. Por ende, al naturalizarse las técnicas, que a la vez también son simbólicas, con base en la incidencia de información, a partir de esta no como sujeto aislado sino en lo colectivo; tiene incidencia psíquica, pero sin deja de lado el carácter colectivo.

Es decir, desde una individuación colectiva, hay una nueva tendencia a la *metaestabilidad* desde el “equilibrio” inestable del sujeto mismo y de los demás, pues, es un *performar-se* dentro y con el ambiente, ya que el sujeto está en un constante devenir, al igual que el ambiente. A saber,

[...] porque hay entre los potenciales que contiene lo preindividual, tensión e incompatibilidad, que el ser, con el fin de perpetuarse, se desfasa, es decir deviene. El devenir, aquí, no afecta al ser desde el exterior, como un accidente afecta a la sustancia, sino que constituye una de sus dimensiones. El ser solo es al devenir al estructurarse en diversos dominios de individuación [...] bajo el efecto de operaciones. (Combes, 2017, p. 30)

Por eso, que esa búsqueda de compatibilidad a la que hacen referencia tanto la comunicación como la significación, que la interacción entre el sujeto y su medio u otros sujetos no es pasiva, sino como hemos dicho, una actividad, una operación, por el carácter activo tanto de uno como del otro; por ello, encontramos una relación entre la información, la invención, la percepción, y la comunicación, pues, todas estas operaciones acaecen en el sujeto y en su interacción con el medio y los otros.

3.3. Sujeto, individuo y desfases del ser

El objetivo de volver al individuo se hace manifiesto por la necesidad de orientar la mirada de la individuación no solo hacia el individuo sino desde este hacia la individuación. Dado a que los sujetos no solamente son individuos, y no solo están en relación con otros, sino que también lo están consigo mismo(s), e incluso, estando en la individuación colectiva pueden volver sobre sí mismos, sin apartarse de los otros, y, a la inversa, ya que esta interacción, relación, no es solo en una dirección sino en ambas.

Por lo tanto, luego del anterior recorrido, el tema que nos concierne es el individuo en relación tanto con el sujeto como con el ser (en sus múltiples fases). Partamos de la

siguiente definición: «el individuo es el ser capaz de conservar o aumentar un contenido de información» (ILFI, p. 238). Así pues, podríamos plantear que aquel es el acto y el ser es el agente que realiza este acto de individuación que le permite al individuo manifestarse y existir. Además, este individuo no está individuado totalmente a partir de una sola individuación, de hecho, el sujeto posteriormente a esta sigue individuándose, porque sigue llevando esa carga potencial de lo preindividual que tiende a lo *transindividual* y a lo colectivo.

Por ende, es pertinente partir de la noción de ser, pues,

Simondon explica allí que el ser se dice en dos sentidos, por lo general confundidos: por una parte “el ser en tanto es”, es decir hay ser, del que ante todo solo se le puede constatar el “hay”; pero por otra parte “el ser es el ser en tanto que es individuado”, el ser aparece como multiplicidad de seres unos [...]. (Combes. 2017, p. 25)

Es decir, lo que caracteriza al ser no es solamente el “es” sino que es uno, los seres pueden ser (animales, humanos, cristales, partículas, etc.) de múltiples formas, pero son solo uno, cada uno es un solo ser. A diferencia de los individuos porque son uno de los modos y/o fases del ser, es decir, variedad de modos y actualizaciones, por el rasgo mismo de actividad que conllevan las individuaciones y la existencia. Por eso, no podemos concebir que un individuo sea siempre el mismo, porque con el paso tanto del tiempo, las individuaciones, el contacto con el otro u el medio, algo dentro o fuera de sí habrá cambiado, y seguirá en constante cambio por las potenciales operaciones u actividades que aquellos pueden ejercer a lo largo de su vida, existencia o presencia en el mundo.

Asimismo, «si el individuo se planteará como eterno, ninguno de los problemas que le aparecen podrían recibir solución, porque el problema nunca podrá ser separado de la subjetividad que el individuo le confiere [...]» (ILFI, p. 250). De allí, que de nuevo sea importante tener claro que el individuo no es eterno, es finito, ligado a una corporalidad que es biológica, vital, y que en algún momento de la temporalidad va a llegar a su momento más culmen, a su máximo equilibrio, el más estable que existe porque ya no tiene potenciales en cuanto presencialidad (existencia) hablamos de la muerte del sujeto. Así, la individuación vuelve compatible las tensiones, pero no las relaja; pues la única capaz de solucionarlas y de llegar a una estabilidad (estática) es la muerte y no es solución de ningún problema (Cfr. Simondon, 2015, p. 257). En palabras de Gil (2019):

Justo lo que les falta a las máquinas, al robot, es el impulso, el deseo de vivir, el ánimo que anima a la consciencia a percatarse de su lugar en el mundo y a considerar no sólo el destino individual, sino también el de los otros que son su entorno. En el cuidado de sí, logra vencer el narcisismo y perder el miedo a la muerte: el camino transindividual es el cuidado del espíritu (común). (Gil, p. 25)

De la misma forma, el vivir del sujeto no es solo ser individuo, es decir, estar individuado, sino ser también agente, elemento y medio de esa individuación. Puesto a que la vida no es una sola actividad, sino que es un conjunto, que además está en construcción progresiva hacia maneras más consolidadas, pues es capaz de contener problemas de incidencia más alta, de mayor grado. En consecuencia, «para comprender esto hay que recordar que un viviente no cesa de enfrentarse, en tanto que vive, a una serie de problemas: percibir, alimentarse, experimentar una emoción, aparecen [...] para resolver tal o cual problema de compatibilidad con un medio» (Combes, 2017, p. 61).

En este sentido, el individuo es realidad transductora mediante la que despliega su existencia activa en una dimensión temporal y va incrementando la capacidad que posee para resolver problemas que tiene la vida, dado a que «[...] “la operación transductiva es una individuación en progreso” (Simondon, 38) [...] su operatividad siempre remitirá a esta capacidad de mediar entre dos órdenes de realidad dispares y posibilitar su comunicación en función de una nueva estructuración» (Heredia, 2012, p. 60). Además, cada operación perceptiva y activa, hace del individuo un ser que traduce potenciales que son incompatibles en equilibrios metaestables para posteriores y sucesivas invenciones [e incluso individuaciones]. Por lo tanto, lo colectivo aparece como la unión de dos momentos del individuo que son inversos y contradictorios, el crecimiento y el envejecimiento —degradación— (Cfr. Simondon, 2015, pp. 273-275).

Del mismo modo, en lo colectivo,

el sujeto encuentra su madurez, la cual consiste en estar dentro de lo colectivo, pero como integrador de la juventud y la vejez, como presente, pero con cargas del pasado, no es un equilibrio transitorio entre ambos sino una dimensión superior. Es decir, el individuo se unifica en el presente a través de la acción. (ILFI, p. 277)

Y este presente devela la *metaestabilidad* entre el interior y exterior, el porvenir y el pasado, es decir, estos se encuentran en una presencia mutua; de allí que lo exterior siga siendo de esta manera y lo interior también, pero sin perder de vista al otro; ocurre lo mismo con el porvenir y el pasado. Podemos decir que el presente es el centro desde el

cual el sujeto puede desplegarse de forma bicondicional hacia el uno o hacia el otro mediante el modo de ser individuado del sujeto.

Por esta razón, «el individuo es un ser que deviene, en el tiempo, en función de su estructura, y que es estructurado en función de su devenir» (ILFI, p. 332). Porque el individuo no es continuo, no es predecible ni tampoco terminado, por eso no se aleja del devenir, se estructura, mejor dicho, logra aquello al estar en el devenir porque se articula con este en su propio modo de devenir. Así, «a partir de las afecciones, el animal [sujeto] se orienta en el devenir y encuentra un sentido unificado para coordinar percepción y acción» (Heredía, 2012, p. 61).

Adicionalmente, el individuo constituye su propia topología del ser para resolver la incompatibilidad anterior mediante la creación de una nueva sistemática, es decir, resuelve la tensión y la discordancia convirtiéndolas en una estructura funcional (Cfr. Simondon, p. 332). Por su parte, el ser acontece como relación, dado a que esta relación es la resonancia interna que tiene el ser consigo mismo y que condiciona de forma recíproca su interioridad, permitiéndole desdoblarse para convertirse en una unidad del ser a partir de su individuación, es decir, individuación del ser como la ontogénesis absoluta.

De manera tal que este ser es uno, en la medida en que es un símbolo de sí mismo, que concuerda con él y que también se refleja en sí mismo. Esta relación no es entre términos preexistentes, sino que es un intercambio de información y de causalidad dentro del sistema que se individúa. Existe en un nivel tanto físico, como biológico, psicológico, colectivo en forma de resonancia interna del ser individuado. Dicha relación manifiesta a la individuación y a la vez se encuentra en el centro del ser (Cfr. Simondon, p. 399).

Sin embargo, como podemos llegar a intuir, el individuo no es todo en el hombre (ser) porque este es el resultado de una individuación anterior, y es esencial conocer lo preindividual del ser. Ya que se trata del nacimiento de seres individuados mediante la realidad preindividual que posee el ser, y que además tiene potenciales que logran resolverse para fijarse como un sistema de individuación en un nivel posterior. Mejor dicho, de una siguiente individuación, por ende, no se reduce al modo de ser como individuo.

Adicionalmente, el individuo no es la única realidad o modelo del ser, sino una de sus fases. Y al considerar al ser como un conjunto que está formado tanto por la realidad preindividual como por la realidad individuada, la primera es la que funda en el sujeto la

realidad transindividual (Cfr. Simondon, p. 405). Esta realidad continúa al individuo tanto en la realidad individuada como a la preindividual; estas realidades son captadas con carácter *transductivo*.

En consecuencia, el ingreso que tiene el sujeto en lo colectivo amplifica al individuo, al ser que tenía consigo una carga preindividual y una carga individual mediante una forma colectiva. De allí, que la individuación de los seres no agota estos potenciales, y por eso no hay un solo estado posible de realización que estos pueden llevar a cabo. En este sentido,

La noción de desfase, que designa en termodinámica el cambio de estado de un sistema, se convierte en la filosofía de Simondon en el nombre del devenir. El ser es devenir, y deviene según sus fases. Pero desfase es primero por relación a las fases, que resultan de él —razón por la cual el ser preindividual puede ser llamado sin fase—. (Combes, 2017, p. 29)

De allí, que un ser individuado, individuo, «[...] puede de hecho existir según varias fases presentes en conjunto, y puede cambiar de fase por sí mismo [...] el ser en tanto ser está dado por entero en cada una de sus fases, pero con una reserva de devenir» (ILFI, p. 404). De ahí, que mientras una fase se está actualizando, las otras están latentes de forma potencial con energía presente porque el ser es más que una sola entelequia de una fase en un instante, momento o lugar, sino que contiene varias fases. Por lo tanto, no hay una sola entelequia para todas las fases de ser, sino que cada una tiene una propia y que es diferente a las otras, porque no son repeticiones.

Sin embargo, en este sentido, el individuo, no es uno solo, es múltiple. No en tanto que sea varios individuos dentro de sí como secundarios y/o momentáneos, sino que son una solución transitoria, es una fase del devenir que conduce a nuevas operaciones. Posteriormente a la individuación el ser posee ya un pasado y la carga preindividual se ha convertido en una fase, y esta se transforma de esta manera porque a partir de la individuación el ser adquiere las fases; el ser en lo preindividual está sin fases, pero posterior a esta el ser tiene sus fases. Por consiguiente,

el individuo no es considerado como idéntico al ser; porque este es más rico, más durable, más amplio que el individuo: el individuo es *individuo del ser, individuo tomado en el ser, no constituyente primero y elemental del ser*, es una manera de ser, o más bien un momento de ser. (ILFI, p. 408)

A saber, el ser no se agota en el individuo, este es solo un modo de representarse, o más bien, de *mostrarse* porque el individuo es *pensado* como siendo un sujeto, «[...] el individuo es lo que podría tener una interioridad, una conducta, voliciones, una responsabilidad, o al menos una cierta identidad coherente que es el mismo orden de la responsabilidad» (ILFI, p. 410). En consecuencia, «el individuo es entonces un sistema con el mundo que no puede ignorar, y para el individuo, hacer sistema con el mundo depende sobre todo del hecho de que los contenidos preindividuales del ser pueden ser compartidos durante la individuación» (Montoya, 2019, p. 102).

No obstante, «el ser no se reduce a lo que es: está acumulado en sí mismo potencializado. Existe como ser y también como energía; es a la vez estructura y energía [...]» (ILFI, p. 417). Es decir, el ser no es solo la fase o el modo de ser en el que se encuentre, sino también, la energía potencial que tienen tanto cada fase o modo como el ser mismo porque la carga de potencialidades está siempre ahí, de forma ralentizada; mientras una fase está en ejecución, las otras están en formación, en potencia.

Finalmente, podemos decir que el individuo posee energía preindividual y de naturaleza que no se agota en la individuación y esta posibilita lo *transindividual* desde el sujeto en lo colectivo. Lo colectivo, o, mejor dicho, la individuación colectiva amplifica esta carga energética potencial del sujeto y la dirige hacia una compatibilidad entre dispares. A partir de allí, se da la significación que no solo contiene información, sino que dota de sentido y potencialidad al lenguaje, a la emoción, la acción, etc.

Asimismo, el sujeto no puede resolver ese desfase de carga preindividual de forma solitaria, necesita de otros seres. Pues, «lo colectivo es por tanto [...] el medio de resolución de la tensión entre problemáticas subjetivas incompatibles en el nivel del sujeto solo; [...]» (Combes, 2017, p. 69). Por eso, la comunicación se vuelve un instrumento necesario para la relación colectiva porque no solo posibilita la formación de grupos, colectivo, sociedad, sino también, le abre paso a la invención. Y es a través de esta mediante la que los sujetos interactúan en cooperación para resolver un problema o una dificultad no solo para sí mismos, sino para otro individuo que no es él. Además, que la invención posibilita la *performatividad* (como acuña Vargas Guillén (2014) del mundo con relación al sujeto para que tanto uno como el otro se adapten mutuamente. Por consiguiente, con la creación de objetos se producen o posibilitan comportamientos frente a este medio asociado, y esta interacción hace que tanto el sujeto como el ambiente se *performen*. Así, esta *performatividad*, también influye en la relación del sujeto consigo

mismo y con los demás, tanto desde invenciones, como los signos, la formalización de su idioma, los objetos técnicos, el lenguaje, etc., llevan a una identificación, búsqueda de compatibilidad mediante una familiaridad de espacio, de pares, de comunicación de significaciones y/o de modos de ser.

Conclusiones

En primer lugar, es importante mencionar de nuevo la tesis que guía esta investigación: se quiere mostrar como la constitución del sujeto se da a partir de la percepción en sus aspectos de afecto-emotividad, en tanto individuación física, psíquica y colectiva. En este sentido, es pertinente decir que efectivamente la percepción, la afecto-emotividad, y las distintas individuaciones tienen una gran incidencia sobre lo que hemos llamado “constitución del sujeto”. Porque el sujeto desde la percepción no solo detecta los objetos, seres y figuras; también puede integrar todo lo que logra percibir y además llega a coincidir consigo mismo porque acción y emoción nacen cuando lo colectivo se individúa: la individuación colectiva es la reciprocidad que unifica tanto a la afectividad como a la percepción en un orden de magnitud colectivo.

Sin embargo, la constitución del sujeto no se reduce solo a estos aspectos pues, en la investigación tanto del primer como del segundo capítulo, se infiere también que los sujetos no se reducen a un yo, ni tampoco al individuo, dado que el sujeto tiene energía potencial para estar en uno u otro modo de ser, así como las múltiples individuaciones que pueden acaecer en el individuo, y ninguna de ellas se acaba o termina, sino que en cada una hay potenciales que no se agotan y a su vez posibilitan las posteriores individuaciones. Es decir, que una individuación se satura (desfasa) así misma y posibilita una posterior, pero sin perder los potenciales y sin dejar terminada o finalizada la anterior, porque estará en medio la carga *preindividual* que tiene el ser en energía potencial y esta no se agota con cada individuación, sino que este potencial se actualiza en función de la búsqueda de *metaestabilidad*.

Por ende, en segundo lugar, es pertinente hablar de una constitución del sujeto más que del “yo” como inicialmente se planteó esta investigación, porque si no es de esta manera, estaríamos solamente hablando de la constitución de un modo del ser más no de la ontogénesis del sujeto. En otras palabras, del origen o formación de aquel, pero no solo desde un ámbito o individuación a nivel biológico sino también a nivel psíquico, colectivo, físico, químico, etc. Además, el sujeto no se reduce tampoco al individuo, porque siempre quedará energía potencial que lo sobrepasa, al mismo tiempo que por la carga de naturaleza que posee como ser activo, que tiene vida y está viviendo, por ende, estará en constante actualización, jamás será estático o enraizado en un solo modo de ser al igual que en una u otra individuación. Aunque, el modo de ser del sujeto como individuo es fundamental para que aquel pueda estar en lo colectivo mediante lo *transindividual*, pues, al ser el individuo solo una fase del sujeto esa carga

preindividual permanece siempre en él, porque no se agotan los potenciales en ninguna individuación y a la vez posibilita la búsqueda de una compatibilidad u *metaestabilidad* para resolver los problemas o las incompatibilidades que tiene todo sujeto en el devenir.

Por otra parte, el sujeto no es solo yo, ni individuo, porque no se reduce a estos, el yo aquí no es solo un modo de ser metafísico o trascendental como en otras teorías. Diversamente, éste hace parte del sujeto, pero no como una realidad superior, sino como una de las maneras potenciales que tiene el ser de desdoblarse en uno u otro modo posible. No obstante, no se trata de que exista una separación radical entre estos modos, al contrario, ellos están en relación en el sujeto, son modos potenciales porque cuando el sujeto está en uno, el otro ya tiene la potencia o posibilidad de advenimiento.

Sin embargo, dichas constituciones del sujeto dadas, por ejemplo, a partir de la percepción no son continuas o con un orden en específico, como si fuera superior entre sí, sino que los sujetos son capaces de estar en una u otra y al mismo tiempo volver la mirada hacia sí mismos desde lo *preindividual*. En consecuencia, es precisamente lo *preindividual* la carga que sobrepasa y desfasa al sujeto que no encuentra una respuesta a su inestabilidad o a sus problemáticas estando solo, y es por esa carga de energía potencial (preindividual) por lo que se proyecta ante otro sin perderse a sí mismo, y lo hace capaz de desdoblarse hacia lo colectivo siendo individuo para buscar la resolución de aquello que lo sobrepasa en medio del devenir, pero también desde lo colectivo a lo individual. A su vez, en esta individuación colectiva, el individuo no se aleja de la interacción con los otros, de sus emociones, sensaciones, percepciones, sino que estas son proyectadas hacia la colectividad, hacia un mundo, hacia un colectivo, hacia algo que va más allá del sujeto pero que no se aleja de él.

Por otro lado, el sujeto posee un cuerpo y a través de este puede interactuar con el mundo y con los otros, pero no se reduce solo a este. Es decir, su existencia, su presencia no solo está enmarcada en el cuerpo como medio sino también a través de la emoción, la afección, la percepción, e incluso, en la memoria de los otros sujetos porque después de la muerte sigue estando presente como un no-sujeto que es perpetuado en el recuerdo de los otros con quienes tuvo alguna interacción. Esta presencia del sujeto es gracias a su cuerpo, a su organicidad, pero también a su alma, a estos medios de interacción y a su propia conciencia, a la subconciencia, y a los aspectos psíquicos que ocurren en su individualidad.

Igualmente, el sujeto no solo se constituye a través de la carga *preindividual* y la *transindividual*, sino que es mediante esa carga que lo mantiene en devenir como de la

emoción, lo que guía al individuo a interactuar con el mundo y otros sujetos, y a la vez consigo mismo. La emoción permite concertar la percepción y posibilita a la acción, y al actuar sobre el mundo es lo que permite que el sujeto y el mundo sean *performados* e *informados* mediante la búsqueda de compatibilidad tanto de información como de significación (es).

En este sentido, hay que destacar que el sujeto simondoniano no está constantemente pensando fatídicamente alrededor de su organicidad y de su temporalidad finita por lo que su búsqueda de estabilidad, de *metaestabilidad*, no está sentada en la muerte (estabilidad) sino en la vida (actividad). Tampoco actúa en torno a ella, sino que la vida al ser actividad, al ser dinámica, siempre estará en constante movimiento, no solo en cuanto a desplazamiento de su cuerpo, también a las actualizaciones, o cambios que aquel puede llegar a tener a lo largo de su vida al devenir como individuo, en sus individuaciones, a nivel físico, psíquico, colectivo, etc. Además, mientras el sujeto tenga vida posee una presencia, es decir, un *estar presente*, y desde ese presente que no es solo temporalidad, puede desplegar su memoria y lo afectivo-emotivo hacia el pasado y hacia el futuro.

Así pues, el sujeto no puede constituirse solo, ya que necesita de otro que no sea él para consolidarse, para superar los problemas o las crisis que en su existencia le aparezcan, como la supervivencia, aunque no se reduce a una mera cuestión instintiva. Pues, al estar con otro, bien sea el mundo, u otro (s) sujeto (s), ya no se trata de vivir para y por sí mismo, sino de un panorama mucho más amplio que puede tener incidencias en otros a la vez que estos sobre él. De allí, que el individuo logre una *metaestabilidad* mayor al entrar en lo colectivo porque esa carga potencial de lo *preindividual* que sobrepasaba al individuo es lo que cada uno de ellos posee y les permite relacionarse, comunicarse e interactuar, ahora como carga *transindividual*. Finalmente, concluimos después de este recorrido que el sujeto se constituye, más no se construye. Más bien, lo que ocurre es que se actualiza, mediante la búsqueda de nuevas estructuras, tanto por la interacción que tiene con el mundo y con otros seres, bien sea de su misma especie o de distintas, como la interacción entre humanos y animales pues, todas estas relaciones van moldeando al sujeto y su individualidad. Asimismo, el sujeto no se constituye solamente como individuo, como ya hemos mencionado, porque este modo del ser no es estático, y el sujeto tampoco. Por ende, el individuo no será siempre el mismo, porque va actualizándose, modificándose (así sea en mínimos detalles, como las células o el estado de ánimo, rasgos físicos o químicos, reacciones, motivaciones, etc.) tanto por los rasgos potenciales de lo *preindividual* como por la organicidad de su corporalidad, el devenir, y la presencia del sujeto en el mundo a través de su existencia.

Bibliografía

- Ballabio, A. (2019). *Percepción e individuación*. Bogotá: Aula de Humanidades.
- Ballabio, A., Gamboa, S. & Vargas, G. (2020). *Modus essendi y cognoscendi del individuo y del sistema cibernético en Gilbert Simondon*. Folios de Humanidades, Universidad Pedagógica Nacional, Vol. 52, n. 1, 2020: pp. 37-50.
- Ballabio, A., Gil, L. & Vargas, G. (2020). “*Cuerpo propio como potenciales (Leib als Vermögens) —Fink, Merleau-Ponty, Simondon—*”. En R. Sánchez Muñoz (ed.), *Investigaciones fenomenológicas sobre la corporalidad*. Ciudad de México: Tirant Humanidades, 2020: pp. 137-168.
- Combes, M. (2017). *Simondon: una filosofía de lo transindividual*. Buenos Aires: Cactus.
- Gil Congote, L.M. (2019). *Psicología de la individuación*. Bogotá: Aula de Humanidades.
- Heredia, J.M. (2012). “*Los conceptos de afectividad y emoción en la filosofía de Gilbert Simondon*”, en *Revista de Humanidades*, No26, pp. 51-75.
- Heredia, J.M (2014). Reseña de SIMONDON, G. “*Imaginación e invención* (Buenos Aires, Ed. Cactus, 2013)”, en *Revista ENFOQUES*, Año XXVI, Nro. 2, pp. 119-124.
- Heredia, J.M. (2015). “*Lo psicosocial y lo transindividual en Gilbert Simondon*”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 77, No3, UNAM, pp. 437-465.
- Heredia, J. M. (2017). *Simondon como índice de una problemática epocal*. 2017 (Doctoral dissertation, Tese (Doutorado em Filosofia)-Facultad de Filosofía, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires).
- Montoya, J. (2006). *La individuación y la técnica en la obra de Simondon*. Medellín: Universidad EAFIT.
- Montoya, J (2019). *La individuación y la técnica en la obra de Simondon*. Bogotá: Aula de Humanidades.
- Simondon, G. (2012). *Curso sobre la percepción (1964-1965)*. Buenos Aires: Cactus.
- Simondon, G. (2013). *Imaginación e invención (1965-1966)*. Buenos Aires: Cactus.

Simondon, G. (2015). *La individuación a la luz de las nociones de forma e información*. Buenos Aires: Cactus.

Simondon, G. (2015). *Sur la psychologie*. Paris: Puf.

Simondon, G. (2016). *Comunicación e información*. Buenos Aires: Cactus.

Vargas Guillén, G. (2014). *Individuación y anarquía: metafísica y fenomenología de la individuación*. Cali: Aula de Humanidades.